

The Project Gutenberg EBook of Novelas de Voltaire Tomo Primero, by Voltaire

Copyright laws are changing all over the world. Be sure to check the copyright laws for your country before downloading or redistributing this or any other Project Gutenberg eBook.

This header should be the first thing seen when viewing this Project Gutenberg file. Please do not remove it. Do not change or edit the header without written permission.

Please read the "legal small print," and other information about the eBook and Project Gutenberg at the bottom of this file. Included is important information about your specific rights and restrictions in how the file may be used. You can also find out about how to make a donation to Project Gutenberg, and how to get involved.

****Welcome To The World of Free Plain Vanilla Electronic Texts****

****eBooks Readable By Both Humans and By Computers, Since 1971****

*******These eBooks Were Prepared By Thousands of Volunteers!*******

Title: Novelas de Voltaire Tomo Primero

Contents:

Como Anda el Mundo, Vision de Babuco
Memnon, o La Cordura Humana
Micromegas,
Historia Filosofica
Historia de un Buen Brama,
Los Dos Consolados

Author: Voltaire

Release Date: February, 2006 [EBook #9895]
[Yes, we are more than one year ahead of schedule]
[This file was first posted on October 28, 2003]

Edition: 10

Language: Spanish

Character set encoding: ISO-8859-1

***** START OF THE PROJECT GUTENBERG EBOOK NOVELAS DE VOLTAIRE TOMO PRIMERO *****

Produced by Juliet Sutherland, Melville L. King
and PG Distributed Proofreaders

COMO ANDA EL MUNDO, VISION DE BABUCO,

ESCRITA POR É PROPIO.

Entre los genios que Æ los imperios del mundo presiden, ocupa Ituriel uno de los primeros puestos, y tiene Æ su cargo el departamento de la alta Asia. Baxóuna maæana Æ la mansion del Escita Babuco, Æ orillas del Oxô y le dixo así: Babuco, los Persas han incurrido en nuestro enojo por sus excesos y sus desvaríos, y ayer se celebróuna junta de genios de la alta Asia para decidir si habian de castigar ódestruir Æ Persepolis. Vete Æ este pueblo, examínalo todo; me darÆs cuenta, y por tu informe determinarØ si he de castigar óexterminar la ciudad. Yo, seæor, respondióhumildemente Babuco, ni he estado nunca en Persia, ni conozco en todo aquel imperio Æ ninguno. Mas vale así, dixo el Ængel, que no serÆs parcial. Del cielo recibiste sagacidad, y yo aæado el don de inspirar confianza: ve, mira, escucha, observa, y nada temas, que en todas partes serÆs bien visto.

Montópues Babuco en su camello, y se marchócon sus sirvientes. Al cabo de algunas jornadas, encontrón los valles de Senaar el exØrcito persa que iba Æ pelear con el exØrcito indio; y dirigiØndose Æ un soldado que hallón un parage remoto, le preguntóqual era el motivo de la guerra. Por los Dioses celestiales, que no lo sØ, dixo el soldado, ni me importa; mi oficio es matar óque me maten para ganar mi vida: servir aquí óallí, es para mí todo uno; y aun puede ser que me pase maæana al campo de los Indios, que dicen que dan Æ los soldados cerca de media-dracma de cobre al dia mas que en este maldito servicio de Persia. Si quereis saber porque pelean, hablad con mi capitan. Babuco, despues de haber hecho un regalejo al soldado, entró en el campo, y habiendo hecho conocimiento con el capitan le preguntó el motivo de la guerra. ¿Cómo quereis que lo sepa yo? ¿y quØ me importa, sea el que quiera? Yo resido Æ doscientas leguas de distancia de Persepolis; me dicen que se ha declarado la guerra, y al punto dexo mi familia, y, como es costumbre, voy Æ buscar fortuna óla muerte, porque no tengo otra cosa que hacer. ¿Y vuestros camaradas, dixo Babuco, no estan tampoco mas instruidos que vos? No, dixo el oficial: solamente nuestros principales sÆtrapas son los que Æ punto fixo saben porque nos degollamos.

Atónito Babuco se introduxo con los generales, y se insinuóen su familiaridad. Al fin le dixo uno de ellos: La causa de la guerra que asuela veinte aæos ha el Asia, procede en su origen de una contienda de un eunuco de una de las mugeres del gran rey de Persia, con un oficinista del gran rey de las Indias. TratÆbase de un derecho que producía con corta diferencia un triØsimo de darico; y como tanto el primer ministro de Indias como el nuestio sustentÆron con dignidad los derechos de su amo respectivo, se inflamÆron los Ænimos, y saliØron Æ campaæa de cada parte un millon de soldados. Cada aæo es necesario reclutar estos exØrcitos con quatrocientos mil hombres. Crecen las muertes, los incendios, las ruinas y las talas; padece el universo, y

sigue la enemiga. Nuestro ministro y el de Indias protestan con mucha frecuencia que no les mueve otra cosa que la felicidad del linaje humano; y a cada protesta se destruye alguna ciudad, ó se asuelan algunas provincias.

Habiéndose al otro día esparcido la voz de que se iba a firmar la paz, dieron el general indio y el persa a toda priesa la batalla, que fue sangrienta. Vió Babuco todos los yerros y todas las abominaciones que se cometieron, y fué testigo de las maquinaciones de los principales estrapas, que hicieron quanto estuvo en su mano para que la perdiera su general: vió oficiales muertos por su propia tropa; vió soldados que acababan de matar a sus moribundos camaradas, por quitarles algunos andrajos ensangrentados, rotos y cubiertos de inmundicia; entró en los hospitales adonde llevaban a los heridos, que perecían casi todos por la inhumana negligencia de los mismos que pagaba a peso de oro el rey de Persia para que los socorriesen. ¿Son hombres estos, exclamaba Babuco, ó son fieras? Ha, bien veo que ha de ser destruida Persepolis.

Preocupado con esta idea pasó al campo de los Indios, donde, conforme a lo que se le habia pronosticado, le recibieron con tanto agasajo como en el de los Persas, y donde presencié los mismos excesos que le habian llenado de horror. Ha, ha, dixo para sí, si quiere el Ángel Ituriel exterminar a los Persas, también tiene que exterminar a los Indios el Ángel de las Indias. Habiéndose informado luego mas menudamente de quanto en ambos ejércitos habia sucedido, supo acciones magnánimas, generosas y humanas, que le pasmaron y le embelesaron. Inexplicables mortales, exclamó ¿cómo podéis juntar con tanta torpeza tanta elevacion, y tantas virtudes con tantos delitos?

Declaróse en breve la paz, y los caudillos de ambos ejércitos, que por solo su interes habian hecho verter la sangre de tantos semejantes suyos, se fueron a solicitar el premio a su corte respectiva, puesto que ninguno habia ganado la victoria. Celebróse la paz en escritos públicos que anunciaban el reyno de la virtud y de la felicidad en la tierra. Loado sea Dios, dixo Babuco; Persepolis va a ser la mansión de la mas acendrada inocencia, y no ser destruida, como querian aquellos malditos genios: vamos sin mas tardanza a ver esta capital del Asia.

Llegó a esta inmensa ciudad por la antigua entrada, aun sumida en la barbarie, y que inspiraba asco por su rudo desaliño. Sentíase toda esta porción del pueblo del tiempo en que se habia edificado; que hemos de confesar, sea qual fuere el empeño de exaltar lo antiguo a costa de lo moderno, que en todas cosas las primeras pruebas siempre son toscas.

Metióse Babuco entre una muchedumbre de gentío compuesto de quanto mas perco y mas feo en ambos sexos pueda hallarse, la qual entraba a toda priesa en un obscuro y tenebroso recinto. El continuo zumbido, el movimiento que notaba, y el dinero que en un platillo algunas personas echaban, le dió a entender que estaba en un público mercado; pero quando vió que muchas mugeres se hincaban de rodillas, mirando al parecer a lo que tenian enfrente, y en realidad a los hombres de lado,

echóde ver que se hallaba en un templo. Unas voces Æesperas, carrasqueæas, desentonadas y gangosas hacian que en mal articulados sonidos la bóveda resonara, parecidas Æ la voz de los animales cerdudos que en las llanuras de la Mancha responden al corvo y agudo instrumento que los llama. TapÆbase los oídos; mas tuvo luego que taparse ojos y narices, quando vióque entraban en el templo unos zafios con palas y azadones. Levantaron estos una ancha piedra; tirÆron Æ mano derecha y Æ mano izquierda una tierra que exhalaba un hedor intolerable; pusieron luego un muerto en el hueco que habían hecho, y volviØron Æ sentar la piedra. ¡Con que entierran estas gentes, exclamó Babuco, Æ sus muertos en los sitios mismos donde adoran la divinidad! ¡con que estan empedrados con cadÆveres sus templos! Ya no me espanto de las pestilenciales dolencias que con tanta freqüencia afligen Æ Persepolis; capaz es de envenenar todo el globo terraqüeo la podredumbre de tantos muertos y de tantos vivos apeæuscados en un mismo sitio. ¡Ha, quØ sucio pueblo es Persepolis! Sin duda que la quieren destruir los Ængeles, para edificar otra Ciudad mas hermosa, y poblarla de gentes mas aseadas, y que mejor canten: la Providencia sabe lo que se hace; no nos metamos en quitarle su idea.

AcercÆbase ya el sol Æ la mitad de su carrera, y tenia Babuco que ir Æ comer al otro extremo del pueblo, Æ casa de una dama para quien le habia dado carta de recomendacion su marido que era oficial en el exØrcito. Anduvo por mil y mil calles de Persepolis; vióotros templos mas bien adornados, adonde concurría gente mas culta, y donde se oía una harmónica mœsica; reparóen fuentes pœblicas, que aunque defectuosas hacian maravilloso efecto; viófrescas y amenas calles de Ærboles, jardines donde se respiraban los mas exquisitos olores, y se vían reunidas plantas de los mas remotos pueblos. Maravillóse al ver magníficos puentes, puesto que estaban destinados Æ pasar un arroyuelo que sin mojarse los piØs se vadea las quatro quintas partes del aæo; pasópor calles anchas y magníficas, llenas de palacios Æ una y otra acera, y entrópor fin en casa de la dama que con una sociedad de personas decentes le esperaba Æ comer. Estaba su casa limpia y bien adornada; la seæora era moza, hermosa, discreta y cortØs, y la sociedad amable; y decia Babuco entre sí: Sin duda que habia perdido el juicio el Ængel Ituriel, quando queria destruir una ciudad tan cumplida. Mas advirtiómuy breve que la seæora, que al principio le habia pedido amorosamente nuevas de su marido, al fin de la comida hablaba mas amorosamente Æ un mago mozo. Luego vióque un magistrado delante de su propia muger hacia mil halagos Æ una viuda, la qual estrechaba con una mano el cuello del magistrado, y daba la otra Æ un mozo muy lindo y modesto. La primera que se levantóde la mesa fuØ la muger del magistrado, que se encerróen un gabinete inmediato para conferenciar con su director de almas, hombre eloqüentísimo, que con tal energía hubo de discurrir con ella, que volvióabochoornado el rostro, humedecidos los ojos, la voz trØmula, y los pasos vacilantes.

Babuco entónces se empezóÆ rezelar de que tenia razon el genio Ituriel. Con el dote que tenia de grangearse la confianza, supo aquel dia mismo los secretos de la dama, la qual le fiósu cariæo al mago mozo, asegurÆndole que en todas las casas de Persepolis encontraria lo

mismo que en la suya habia visto. Infirió Babuco que no podia durar semejante sociedad; que todas las casas habian de estar asoladas por zelos, venganzas y rencillas; que sin cesar habian de verterse lágrimas y sangre; que infaliblemente habian de matar los maridos y los cortejos de sus mugeres, ó de ser muertos por ellos; finalmente que hacia Ituriel muy bien en destruir de una vez un pueblo abandonado y horrendos desórdenes.

Fuése despues de comer uno de los mas soberbios templos de la ciudad, y se sentó en medio de una muchedumbre de hombres y mugeres que habian ido allí á matar el tiempo. Subió un mago una máquina alta, y discurrió largo tiempo acerca del vicio y la virtud; y habiendo dividido en varias partes lo que no era menester dividir, probó metódicamente las cosas mas claras, enseñó lo que sabia todo el mundo, se exaltó sin motivo, y salió sudando y sin respiracion. Despertóse entonces la gente, y creyó que habia asistido á una instruccion. Babuco dixo: Este buen hombre ha hecho quanto ha podido por fastidiar á doscientos ó trescientos conciudadanos suyos; pero su intencion era buena, y esto no es motivo para destruir á Persepolis.

Lleváronle, al salir de esta asamblea, que viera una fiesta pública que se celebraba todos los días del año en una especie de basílica, en cuya parte interior se vía un palacio. Formaban tan hermoso espectáculo las ciudadanas mas hermosas de Persepolis, y los principales sacerdotes colocados en orden, que al principio creyó Babuco que se reducía á esto la fiesta. En breve se dexáron ver en el vestíbulo de este palacio dos ó tres personas que parecian reyes y reinas; su idioma era muy distinto del que estilaba el vulgo, y tenia ritmo, armonía y sublimidad. No se dormía nadie, que todos en alto silencio escuchaban, y si le interrumpian, era para dar pruebas de admiracion y ternura general; y con tan vivos y bien sentidos términos se hablaba de las obligaciones de los reyes, del amor de la virtud, y de los riesgos de las pasiones, que arrancáron lágrimas á Babuco: el qual no dudó que fuesen los predicadores del imperio aquellos héroes y heroínas y aquellos reyes y reinas que acababa de oír, y hasta hizo propósito de persuadir á Ituriel que los viniese á escuchar, cierto de que semejante espectáculo le reconciliaria con Persepolis para siempre.

Concluida la fiesta, quiso visitar á la reyna principal que en aquel hermoso palacio habia anunciado tan sublime y acendrada moral. Hizo que le introduxeran en casa de su magestad; y le lleváron por una mala escalerilla á un segundo piso, donde halló un aposento pobremente alhajado una muger mal vestida, que con noble y patético ademan le dixo: Mi oficio no me da para vivir; uno de los príncipes que habeis visto me ha hecho un hijo: estoy para parir: no tengo dinero, y sin dinero todo parto es un mal parto. Babuco le dió cien daricos de oro, diciendo: Si no hubiera cosas peores en la ciudad, poco motivo tuviera Ituriel para estar tan enojado.

Fuése de allí á pasar la tarde á las tiendas de mercaderes de magnificencias superfluas. Llevó un sugeto inteligente que se habia hecho amigo suyo, compró lo que halló de su gusto, y con muchas

cortesías se lo vendieron mucho más caro de lo que valía. Cuando hubo vuelto a casa, le hizo ver su amigo que le habían estafado; y apuntó Babuco en su libro de memoria el nombre del mercader, para que el día del castigo de la ciudad no le echara Ituriel en olvido. Estando escribiendo, llamaron a la puerta, y entró el mercader que le traía a Babuco su bolsillo que se había dexado olvidado encima del mostrador. ¿Cómo es posible, dijo Babuco, que seáis tan generoso y escrupuloso, después de haber tenido cara para venderme vuestras buxerías cuatro tanto más de lo que valen? No hay en toda la ciudad, le respondió el mercader, negociante ninguno algo conocido, que no hubiese venido a traer el bolsillo; más cuando os han dicho que os he vendido lo que en mi tienda habéis comprado el cuadruplo de su valor, os han engañado, porque os lo he vendido diez veces más de lo que ello vale; y esto es tan cierto, que si dentro de un mes os queréis deshacer de ello, no os daré ni el diezmo: y no hay empero cosa más conforme a razón, porque siendo el antojo de los hombres lo que da valor a estas fruslerías, ese mismo antojo da de comer a cien obreros que empleo yo, y a mí me da una casa bien puesta, un buen coche, y buenos caballos. Este antojo es quien vivifica la industria, y mantiene el fino gusto, la circulación y la abundancia. A las naciones comarcanas les vendo mucho más caras que a vos esas mismas frioleras, y de este modo sirvo con provecho al imperio. Paróse Babuco pensativo un rato, y le borró luego de su libro.

No sabiendo que pensar de Persepolis, se determinó a visitar a los magos y a los literatos, lisonjándose de que alcanzarían estos el perdón de todo lo restante del pueblo, porque unos se aplican a la sabiduría, y a la religión los otros. La mañana siguiente fue a visitar un colegio de magos, y le confesó el archimandrita que tenía trescientos mil escudos de renta por haber hecho voto de pobreza, y que ejercía una vasta jurisdicción en virtud de otro voto de humildad. Dicho esto, dexó a Babuco en manos de un aprendiz de mago, para que le obsequiase.

Enseñábasele este las preciosidades de esta casa de penitencia, cuando se esparció la voz de que traía comisión de hacer reformas. Al punto le dieron memoriales de cada una, que todos en sustancia venían a decir: _Conservadnos a nosotros, y suprimid todos los demás_. Si daba crédito a sus propias apologías, todas estas congregaciones eran necesarias; si atendía a sus recíprocas acusaciones, todas merecían ser destruidas. Pasmóse Babuco de que no hubiese ninguna que, por edificar al universo, no quisiese ser árbitro de él. Presentósele entonces un hombrecillo que era semi-mago, el qual le dixo: La grande obra se va a cumplir, y Zerdust ha vuelto a la tierra; por tanto os rogamos que nos ampareis contra el Gran Lama. ¿Contra el pontífice monarca, respondió Babuco, que reside en el Tibet?--Contra ese mismo.--¿Pues qué? le hacéis guerra, y alistáis contra él un ejército?--No es eso; pero dice que el hombre es libre, y nosotros no lo creemos: escribimos contra él libracos que no lee; y apósnas si nos ha oído mentar, puesto que nos acaba de condenar, como un propietario que manda extirpar las orugas de su huerto. Asombróse Babuco de la locura de hombres que profesan la sabiduría, de las marañas de los que habían renunciado del mundo, de la ambición y altiva codicia de los

que predicaban humildad y desinterés; y coligió que sobraban razones valdeas para destruir toda esta raza.

Retiróse a su casa, mandó que le compraran libros nuevos para calmar su enfado, y convidó a comer a varios literatos para su recreo. Llegaron más del doble de los que había llamado, como acuden las avispas a la miel. No se daban vado estos gorreros a hablar y a engullir, y elogiaban dos clases de hombres, los muertos y ellos propios, mas nunca a sus coetáneos, exceptuando el amo de casa. Si decía uno un dicho agudo, baxaban los demás los ojos, y se mordían la lengua de sentimiento de no ser ellos los autores. Eran más cautelosos que los magos porque no aspiraba su ambición a tan altos objetos, solicitando cada uno un empleo de sirviente y la reputación de grande hombre. Decíanse en su cara denuestos, que se les figuraban agudos epigramas. Habíaseles traslucido algo de la comisión de Babuco, y uno de ellos en voz baja le suplicó que exterminase a un autor que no le había dado suficientes elogios; otro lo pidió a pérdida de un ciudadano que en sus comedias nunca se reía; y otro la extinción de la academia, porque jamás había podido conseguir ser su individuo. Acabada la comida, se fueron solos todos, porque en toda esta caterva no había dos que se pudieran sufrir, ni se hablaban más que en las casas de los ricos que a su mesa los convidaban. Creyó Babuco que poquísimos se perdían con que pereciese toda esta landre en la general destrucción.

Apenas se zafó de ellos, se puso a leer algunos de los libros que acababan de publicarse, y advirtió en ellos el carácter de sus convidados. Indignóse más que todo las gacetillas de calumnias, y los archivos de mal gusto dictados por la envidia, la hambre y la torpeza; viles sátiras que respetan los buitres y despedazan las palomas; novelas faltas de imaginación, donde se ven mil retratos ideales de sujetos que sus autores no conocen. Tiró al fuego todos estos detestables escritos, y salió aquella tarde de casa, para ir al paseo. Presentósele un literato anciano que no había venido a aumentar el número de sus pegotes. Esquivaba este la muchedumbre, conocía a los hombres, sabía servirse de ellos, y se explicaba con cordura. Habló de Babuco con mucho sentimiento de quanto había visto y leído. Cosas muy despreciables habeis leído, le dixo el cuerdo letrado; pero en todos tiempos y en todo país es muy común lo malo, y rarísimo lo bueno. Habeis dado acogida en vuestra mesa a las heces de la pedantería, porque en toda profesión lo que siempre se presenta con más descaro es lo que más merece salir a la plaza. Viven unos con otros, sosegados y en el retiro, los verdaderos sabios, y aun no nos faltan libros y autores que son acreedores a vuestra atención. Mientras que estaba hablando, llegó otro literato, y fueron sus razonamientos tan instructivos y agradables, tan superiores a las preocupaciones, y tan conformes con la virtud, que confesó Babuco que nunca había oído semejante cosa. Hombres son estos, decía para sí, a quien no se atreverá el Ángel Ituriel a hacer mal, a más que sea muy despiadado.

No conservaba más enojo contra los demás de la nación, puesto que se había reconciliado con los literatos. Sois un extranjero, le dixo el

hombre juicioso que le hablaba, y se os presentan de tropel los abusos, mientras que se os esconde el bien oculto, y que no pocas veces de estos mismos abusos resulta. Supo entonces que habia entre los literatos muchos que no eran envidiosos, y hasta entre los magos algunos que eran virtuosos. Al fin entendió que estos grandes cuerpos, que con sus choques preparaban al parecer su ruina como en, eran en la realidad fundaciones provechosas; que cada asociacion de magos era un freno para sus ðmulas; que si a veces estas diferian de opinion, todas enseaban una moral misma; que instruían el pueblo, y sujetas a las leyes: semejantes a los preceptores que zelan los hijos de casa, mientras que a ellos los zela el amo. Trató a muchos, y encontró entre ellos almas celestiales; y supo que entre aquellos mismos locos que querian poner guerra al Gran Lama, habia varones eminentes. Sospeché al cabo que podian ser lo mismo las costumbres de Persepolis que sus edificios, que unos le habian parecido dignos de estima, y otros le habian sobrecogido en admiracion.

Dixo un dia al literato: Ahora conozco que los magos, que por tan peligrosos habia tenido, pueden ser muy provechosos, especialmente quando un prudente gobierno estorba que se grangeen sobrado influxo: ¿pero què utilidades, pueden resultar de las colosales riquezas de los asentistas y agentes del fisco? Aquel mismo dia vió que la opulencia de estos, que tanto le habia repugnado, producía a veces mucho fruto, porque habiendo necesitado dinero el soberano, halló en una hora por su medio lo que por las vias ordinarias no hubiera en seis meses encontrado; y se convenció de que estas pardas nubes, alimentadas con el rocío de la tierra, le restituían en lluvias lo que de ellas recibian: aparte de que los hijos de estos hombres nuevos, por lo comun mas bien educados que los de las mas antiguas familias, valian mucho mas que estos; porque tener por padre un buen calculador no quita que sea uno juez recto, valiente soldado, ó habil estadista.

Poco a poco perdonaba Babuco la codicia del asentista, que en la realidad no es ni mas ni menos codicioso que los demas, y que es indispensable; disculpaba la locura de disipar su caudal por hacer la guerra, que era origen de tantas bñlicas proezas; y perdonaba los zelos de los literatos, entre quienes se hallaban sujetos que ilustraban el mundo: se reconciliaba con los magos ambiciosos y tramoyistas, que con pequeos vicios juntaban grandes virtudes; puesto que le quedaban no pocos escrèpulos, especialmente sobre los galanteos de las damas, y las horrendas consecuencias que infaliblemente habian de producir, y que le llenaban de horror y sustos.

Queriendo exáminar todos los estados, hizo que le llevaran a casa de un ministro, y en el camino iba temblando de ver alguna muger asesinada por su marido en presencia suya. Llegó a la antesala del hombre de estado, y estuvo dos horas aguardando a que dixeran que estaba allí, y otras dos despues que lo hubieron dicho, haciendo en este tiempo firmísimo propósito de recomendar al ministro y sus insolentes concierges al enojo del Angel Ituriel. Estaba la antesala atestada de damas de todas clases, de magos de todos colores, de jueces, mercaderes, oficiales y pedantes, que todos estaban quejosos del ministro. Decian el avariento y el logrero: No hay duda de que

roba este hombre las provincias; afeaba sus rarezas el extravagante; decia el sensual que solo con sus gustos tenia cuenta; y esperaban las mugeres que en breve le sustituiria otro ministro mas mozo.

Oía Babuco todas estas razones, y no pudo menos de decir: ¡Qué hombre tan dichoso es este! Todos sus enemigos los tiene en su antesala; su potencia abrumba a sus envidiosos, y mira a sus plantas a quantos le detestan. Al fin entró en su gabinete, y vió un viejecito agobiado de años y quehaceres, pero vivo todavía, y muy inteligente. Gustó de Babuco, y a Babuco le pareció un sugeto muy digno de estimacion. Fue muy interesante la conferencia: el ministro le confesó que era el hombre mas desgraciado; que le tenían por rico, y era pobre; que le creían omnipotente, y para todo encontraba impedimentos; que todos sus beneficios habian sido pagados con ingratitudes, y que en quarenta años de continuas faenas habia tenido apenas un rato de satisfaccion. Enternecióse Babuco, y dixo entre sí que si habia cometido algunos yerros este hombre, y por ellos le queria castigar el Ángel Ituriel, bastaba con dexarle su cargo, sin exterminarle.

Estaba razonando con el ministro, quando entró desatentada la hermosa dama en cuya casa habia comido Babuco, manifestando su rostro y sus ojos los síntomas del dolor y el enojo. Prorumpió en amargas quejas contra el hombre de estado; vertió lágrimas; se lamentó amargamente de que hubieran negado a su marido un cargo a que podia aspirar por su cuna, y de que le hacian acreedor sus heridas y servicios; y habló con tanta energía, se quejó con tal gracia, desvaneció con tal manera los reparos, con tal eloqüencia esforzó sus razones, que no salió del gabinete hasta haber conseguido la fortuna de su marido.

Salió Babuco a darle la mano, y le dixo: ¿Es posible, señora, que os hayais tomado tanto trabajo por un hombre que no quereis, y que tanto teneis por que temer? ¿Cómo es eso que no le quiero? replicó la dama: sabed que mi marido es el mejor amigo que tengo en este mundo, y que sacrificaré por él todo quanto tengo, como no sea mi amante; lo mismo que hiciera él, menos sacrificar a su querida. Quiero que la conozcais, que es una muy linda señora, muy discreta, y de excelente genio; esta noche cenamos juntos con mi marido y mi amiguito el mago: venid a participar nuestro gusto.

Llevóse la dama consigo a Babuco, y el marido que estaba sumido en el mas hondo dolor recibió a su muger con raptos de gratitud y alborozo, dando mil abrazos a su muger, a su dama, al mago, y a Babuco. El banquete le animaron el contento, las gracias y los donayres. Sabed, le dixo la hermosa dama con quien cenaba, que las que a veces califican de mugeres sin honra casi siempre poseen las virtudes de un hombre honrado; y en prueba de ello, venid mañana a comer conmigo en casa de la hermosa Teone. Algunas vestales viejas murmuran de ella, pero mas obras de beneficencia hace ella sola que todas juntas las que la muerden; no cometiera la mas leve injusticia por todos los intereses del mundo; a su amante le da siempre consejos generosos; solo su gloria la ocupa, y se sonrojaria si en su presencia malograra una sola ocasion de obrar bien; porque no hay mayor estímulo para virtuosas acciones, que tener por juez y testigo de su conducta

una amada cuyo aprecio anhela uno Æ merecer.

No faltó Babuco Æ la cita, y vió una casa que era el emporio de los placeres. En ellos reynaba Teone; con cada uno hablaba el idioma que entendia: su natural entendimiento dexaba explayarse el de los demas; agradaba casi sin querer; tan amable era como benéfica; y para dar mas lustre Æ todas sus dotes, era muy hermosa.

Conoció Babuco, puesto que era Escita y enviado por un genio, que si se detenia mas tiempo en Persepolis, le haria Teone olvidarse de Ituriel. Cogia cariæo Æ la ciudad cuyos vecinos eran afables, corteses y benéficos, aunque murmuradores, insustanciales y vanidosos. Temia ya que fuese condenada Persepolis, y hasta temia la cuenta que Æ dar iba. Así para darla hizo lo siguiente: mandó al mejor estatuario del pueblo, que le fundiera una estatua pequeæa, compuesta de todos metales, y de las tierras y piedras mas preciosas y mas viles; y se la llevó Æ Ituriel. ¿Haréis pedazos, le dixo, esta linda estatua, porque no es toda ella de oro y diamantes? Comprendió Ituriel el emblema, y se determinó Æ no tratar ni siquiera de enmendar Æ Persepolis, y dexar que anduviera el mundo como anda, diciendo: _Si no todo es bueno, Æ lo mØnos todo es tolerable_. Subsistió pues Persepolis; y Babuco estuvo muy distante de quejarse, como hizo Jonas que se enfadó porque no fué destruida Ninive. Verdad es que quien ha pasado tres dias en el vientre de una ballena, no gasta tan buen humor como el que ha estado en la ópera, en la comedia, y ha cenado con gente de fino trato.

Fin de la vision de Babuco.

* * * * *

MEMNON,

ó LA CORDURA HUMANA.

Pusósele en la cabeza Æ Memnon un dia la desatinada idea de ser completamente cuerdo: que pocos hombres hay Æ quien no haya pasado por la cabeza semejante locura. Memnon discurría así: Para ser muy cuerdo, y Æ consecuencia muy feliz, basta con no dexarse arrastrar de las pasiones: cosa muy fÆcil, como nadie ignora. Lo primero, nunca he de querer Æ muger ninguna, y en viendo una beldad acabada dirØ en mi interior: Un dia se ha de arrugar ese semblante; ese turgente y redondo pecho se ha de tornar fofo y lacio; esa tan bien poblada cabeza ha de quedarse calva: y me basta con mirarla desde ahora como la he de ver entónces, para que esa linda cabeza no me haga perder la mia.

Lo segundo, siempre serØ sobrio, por mas que me tienta la golosina, los exquisitos vinos, y el incentivo de la sociedad. Me figurarØ las resultas de la glotonería, la cabeza cargada, el estómago descompuesto, perdida la razon, la salud y el tiempo; y así solo

comer lo que necesite, disfrutar sana salud, y tendr siempre claras y luminosas las ideas. Cosa es esta tan fÆcil, que no es meritorio salirse con ella.

Luego, continuaba Memnon, es necesario no descuidar su caudal: mis deseos son moderados; tengo mi dinero que me produce buenos rØditos y con buenas fianzas en poder del tesorero general de Ninive, y me basta para vivir sin depender de nadie, que es la mayor fortuna, porque nunca me verØ en la cruel precision de ir Æ besar manos de palaciegos; Æ nadie tendrØ envidia, y de nadie serØ envidiado: cosa no mØnos fÆcil. Amigos tengo, dixo en fin, y los conservarØ, porque nunca les harØ mal tercio; no se enfadarÆ en jamas conmigo, ni yo con ellos: tampoco en esto se ofrece dificultad.

Formado así su planecico de moderacion dando paseos por su quarto, se asomó Memnon Æ la ventana, y vió dos seæoras que iban por unas calles de plÆtanos, que inmediatas Æ su casa habia. Era vieja la una, y no la aquejaba al parecer nada; la otra era moza, linda, y tenia trazas de estar muy apesadumbrada: suspiraba, y lloraba, y eso mismo le daba mas gracia. Moviése mucho nuestro sabio, no con la beldad de la dama (porque estaba seguro de no rendirse Æ tal flaqueza), mas sí por el desconuelo en que la vía. Baxó y se acercó Æ la Ninivita jóven, con Ænimo de darle prudentes consuelos. Contó esta hermosa con la mas ingenua y tierna expresion los perjuicios que le hacia un tio que no tenia, con que artificio la habia privado de un caudal que nunca habia poseido, y los temores que le causaban sus arrebatos. Vos me pareceis hombre discreto, le dixo, y si me hiciØrais el favor de venir hasta mi casa, y exâminar mis asuntos, estoy cierta de que me sacaríais del cruel apuro en que me veo. No tuvo reparo Memnon en acompaæarla, para examinar con madurez sus asuntos, y darle buenos consejos.

Llevó la afligida seæora Æ un retrete bien aromado, y le obligó con mucha cortesía Æ sentarse en un muelle sofÆ, donde estaban las piernas cruzadas uno enfrente de otro. Hablaba la dama con los ojos baxos; de quando en quando se le iban las lÆgrimas, y quando los levantaba, siempre topaba con las miradas del cuerdo Memnon. Eran sus razones cariæosas en demasía, y mucho mas quando Æ ambos se miraban. Memnon tomaba muy Æ pecho sus asuntos, y Æ cada instante crecia en Øl el anhelo de servir Æ tan hermosa y desdichada persona. Con el calor de la conversacion dexÆron poco Æ poco de encontrarse uno enfrente de otro, y de tener cruzadas las piernas, aconsejÆndola Memnon tan de cerca, y siendo tan cariæosos sus consejos, que ni uno ni otro podian hablar de asuntos, ni sabian donde estaban.

Estando en esto, llega, como ya el lector se ha podido imaginar, el tío, el qual venia armado de punta en blanco; y lo primero que dixo fuØ que iba Æ matar, como era justo, al sabio Memnon y Æ su sobrina; y lo œltimo, que podria perdonarlos, si le daban mucho dinero. Viése precisado Memnon Æ darle quanto tenia, y gracias Æ que en aquellos venturosos tiempos no habia peores resultas que temer; que aun no estaba descubierta la AmØrica, ni eran las hermosas damas afligidas tan peligrosas como ahora.

Confuso y desesperado Memnon se volvió a su casa, donde encontró una esquila convidándole a comer con unos amigos íntimos. Si me quedo solo en casa, digo, tendré preocupado al enemigo con mi triste aventura, no comeré, y caeré malo; mas vale hacer una frugal comida con mis amigos íntimos, y con su amena compañía olvidarme del disparate que esta mañana he cometido. Fué al convite; y viendo que estaba algo triste, le obligaron a que bebiese para disipar su melancolía. El vino usado con moderación es medicina para el enemigo y para el cuerpo: así pensaba el sabio Memnon, y se emborrachó. Propónenle jugar una mano de sobremesa: un juego, donde se atraviesa poco, es una inocente diversión. Juega, y le ganan quanto traía en el bolsillo, y quatro veces mas sobre su palabra. Originase una contienda sobre el juego, irrítanse los enemigos, le tira uno de sus íntimos amigos a la cabeza un cubilete que le saca un ojo, y traen a casa al sabio Memnon borracho, sin dinero, y con un ojo menos.

Habiendo dormido un poco el lobo, envía a su criado a casa del tesorero general de rentas de Ninive, a que le diera dinero para pagar a sus íntimos amigos; y le trae el criado la nueva de que aquella mañana había hecho una quiebra de mala fe su deudor, con la qual dexaba por puertas a cien familias. Despechado Memnon se va al palacio con un parche en el ojo y un memorial en la mano, pidiendo justicia al rey del fallido; y encuentra en una sala a muchas damas, todas como peonzas al revés, con elegantes tontillos de veinte pies de circunferencia, y batas de treinta de cola. Una que le conocia algo, dixo mirándole al soslayo: ¡Jesus, qué horror! Y otra que le conocia mas: Buenas tardes, señor Memnon; de veras, señor Memnon que me alegro mucho de veros: ¿cómo es que estais tuerto, señor Memnon? y dicho esto, se fué sin aguardar respuesta. Agazapóse Memnon en un rincón, esperando a poderse echar a los pies del monarca. Llegó su magestad, besó Memnon tres veces el suelo, y le dió su memorial, que tomó el soberano con mucha afabilidad, y se le alargó a uno de sus señores, para que le diera cuenta. Llama el señor a Memnon aparte, y le dice con tono de mofa y ademán de insulto: Donoso tuerto sois, pues os atreveis a dar al rey un memorial que no ha pasado por mi mano, y cometeis con eso el atentado de pedir justicia de un fallido muy honrado, que está baxo mi amparo, y es sobrino de una doncella de servicio de mi querida. No deis mas paso en el asunto, si no quereis perder el ojo sano que os queda.

De esta suerte, habiendo Memnon renunciado por la mañana de mozas, de comilonas, de juego, de contiendas, y sobretodo de palacio, antes de anochecer había sido engañado y estafado por una hermosa dama, se había emborrachado, había jugado, le habían sacado un ojo, y había ido al palacio donde se habían reído de él.

Confuso, absorto, y rendido al peso de su sentimiento, se volvia medio muerto a su casa, y al ir a entrar, la encontraron llena de alguaciles y escribanos que cargaban con los muebles a nombre de sus acreedores. Paróse casi sin sentido debaxo de un plátano, y se encuentra con la linda dama de aquella mañana, que se andaba paseando con su amado tío, y que no se pudo tener de risa al ver a Memnon con su parche. Cerró la noche, y se acostó Memnon sobre un montón de paja, cerca de las

paredes de su casa: entró de calentura, se aletargó con la fuerza de ella, y se le apareció en sueños un espíritu celestial; el qual era resplandeciente como el Sol, y tenia seis hermosas alas, pero sin pies, ni cabeza, ni cola, y no se parecia a cosa ninguna. ¿Quién eres? le dixo Memnon. Tu genio bueno, le respondió Pues vuélveme, repuso Memnon, mi ojo, mi salud, mi caudal, mi cordura; y de seguida le contó de qué modo todo lo habia perdido aquel dia. Aventuras son esas, replicó el espíritu, que nunca suceden en el mundo donde nosotros vivimos. ¿En qué mundo vivis? le dixo el hombre afligido. Mi patria, respondió el genio, dista quinientos millones de leguas del Sol, y es aquella estrellita junto a Sirio, que está viendo desde aquí. ¡Lindo país! dixo Memnon. ¿Con que no teneis bribonas que engañen a los hombres de bien, ni amigos íntimos que les estafan su dinero y les sacan un ojo, ni deudores que quiebren, ni sátrapas que se rian de vosotros quando os niegan justicia? No, le dixo el morador de la estrella, nada de eso: no nos engañan las mugeres, porque no las hay; no hacemos excesos de glotonería, porque no comemos; ni hay deudores que quiebren, porque no tenemos plata ni oro; no nos pueden sacar los ojos, porque no se parece nuestro cuerpo al vuestro; ni los sátrapas cometen injusticias, porque todos somos iguales.

Díxole entonces Memnon: Señor ilustrísimo, ¿sin mozas y sin comer, en qué pasais el tiempo? En cuidar, dixo el genio, de los demas globos que estan a nuestro cargo, y yo soy venido a consolarte. ¡Ay! replicó Memnon, ¿porqué no habéis venido la noche pasada, y me hubierais estorbado hacer tanto disparate? Porque estaba con Asan, tu hermano mayor, le dixo el morador de los cielos, el qual es mas desventurado que tú, habiendo su magestad el clemente rey de las Indias, en cuyo palacio tiene la honra de estar empleado, mandó a sacar a ambos ojos por una leve falta, y poniéndole en un calabozo, amarrado de pies y manos. Pardios, exclamó Memnon, que estamos medrados con tener un genio bueno en nuestra familia, si de dos hermanos uno está ciego, y otro tuerto, uno acostado sobre paja, y otro en una cárcel. Tu suerte se mudaré, replicó el animal de la estrella: verdad es que toda la vida será tuerto; pero, como no sea eso, vivirá bastante feliz, con tal que nunca hagas el desatinado propósito de ser completamente cuerdo. ¿Con que eso es cosa que no es posible conseguir? replicó Memnon arrancando un sollozo. Como no es posible, respondió el otro, ser completamente inteligente, completamente fuerte, completamente poderoso, ó completamente feliz. Nosotros mismos estamos muy distantes de serlo; un globo hay a la verdad donde todo eso se encuentra; pero todo va por grados en los cien mil millones de mundos sembrados en el espacio. En el segundo hay menos placer y menos sabiduría que en el primero; en el tercero menos que en el segundo; y así se sigue hasta el postrero, donde todo el mundo es enteramente loco. Mucho me temo, dixo Memnon, que nuestro globo sea justamente esa casa de orates del universo, que vos decis. No tanto como eso, dixo el espíritu, pero le anda cerca; y es preciso que cada cosa ocupe su sitio señalado. En tal caso, dixo Memnon, muy descaminados van ciertos poetas, y ciertos filósofos, que dicen que todo está bien. Razon llevan, dixo el filósofo del otro mundo, si contemplan la colocacion del universo entero. ¡Ha! replicó el pobre Memnon, eso no lo creeré mientras fuere tuerto.

Fin de Memnon.

* * * * *

LOS DOS CONSOLADOS.

Decia un día el gran filósofo Citofilo Æ una dama desconsolada, y que tenia sobrado motivo para estarlo: Seæora, la reyna de Inglaterra, hija del gran Henrique quarto, no fuØ mØnos desgraciada que vos: la echÆron de su reyno; se vióÆ pique de perecer en el ocØano en un naufragio, y presencióla muerte del rey su esposo en un patíbulo. Mucho lo siento, dixo la dama; y volvióÆ llorar sus desventuras propias.

Acordaos, dixo Cilofilo, de María Estuardo, que estaba honradamente prendada de un guapo mœsico que tenia excelente voz de sochantre. Su marido matóal mœsico; y luego su buena amiga y pariente, la reyna Isabel, que se decia doncella, le mandócutar la cabeza en un cadahalso colgado de luto, despuØs de haberla tenido diez y ocho aæos presa. ¡Cruel suceso! respondióla seæora; y se entregóde nuevo Æ su afliccion.

Bien habrØis oido mentar, siguióel consolador, Æ la hermosa Juana de NÆpoles, que fuØ presa y ahorcada. Una idea confusa tengo de eso, dixo la afligida.

Os contarØ, aæadióel otro, la aventura sucedida en mi tiempo de una soberana destronada despues de cenar, y que ha muerto en una isla desierta. Toda esa historia la sØ, respondióla dama.

Pues os dirØ lo sucedido Æ otra gran princesa, mi discípula de filosofía. Tenia su amante, como le tiene toda hermosa y gran princesa: entróun día su padre en su aposento, y cogióal amante con el rostro encendido y los ojos que como dos carbunclos resplandecian, y la princesa tambien con la cara muy encarnada. Disgustótanto al padre el rostro del mancebo, que le sacudióla mas enorme bofetada que hasta el día se ha pegado en toda su provincia. Cogióel amante las tenazas, y rompióla cabeza al padre de la dama, que estuvo mucho tiempo Æ la muerte, y aun tiene la seæal de la herida: la princesa desatentada se tirópor la ventana, y se estropeóuna pierna, de modo que aun el día de hoy se le conoce que coxea, aunque tiene hermoso cuerpo. Su amante fuØ condenado Æ muerte, por haber roto la cabeza Æ tan alto príncipe. Ya podeis pensar en quØ estado estaria la princesa, quando sacaban Æ ahorcar Æ su amante; yo la iba Æ ver con freqüencia, quando estaba ella en la cÆrcel, y siempre me hablaba de sus desdichas.

¿Pues porquØ no quereis que me duela yo de las mias? le dixo la dama. Porque no es acertado dolerse de sus desgracias, y porque habiendo

habido tantas principales seæoras tan desventuradas, no parece bien que os desespereis. Contemplad Æ Hecuba, contemplad Æ Niobe. Ha, dixo la seæora, si hubiera vivido yo en aquel tiempo, óen el de tantas hermosas princesas, y para su consuelo les hubiØrais contado mis desdichas, ¿os habrian acaso escuchado?

Al dia siguiente perdióel filósofo Æ su hijo ænico, y faltópoco para que se muriese de sentimiento. Mandóla seæora hacer una lista de todos los monarcas que habian perdido Æ sus hijos, y se la llevóal filósofo, el qual la leyó la encontrómuy puntual, y siguióllorando. Al cabo de tres meses se volviØron Æ ver, y se pasmÆron de hallarse muy contentos. LevantÆron entónces una hermosa estatua al tiempo, con este råtulo:

AL CONSOLADOR.

Fin de los dos Consolados.

* * * * *

HISTORIA

DE LOS VIAGES

DE ESCARMENTADO,

ESCRITA POR ÉL PROPIO.

En la ciudad de Candía vine yo al mundo el aæo de 1600. Era su gobernador mi padre, y me acuerdo que un poeta mØnos que mediano, aunque no fuese medianamente desaliæado su estilo, llamado Azarria, hizo unas malas coplas en elogio mio, en las cuales me calificaba de descendiente de Minos en línea recta; mas habiendo luego quitado el gobierno Æ mi padre, compuso otras en que me trataba de nieto de Pasifae y su amante. Mal sugeto era de veras el tal Azarria, y el bribon mas fastidioso que en toda la isla habia.

Quince aæos tenia quando me enviómi padre Æ estudiar Æ Roma, y yo lleguØ con la esperanza de aprender todas las verdades, porque hasta entónces me habian enseæado todo lo contrario de la verdad, segœen es uso en este mundo, desde la China hasta los Alpes. Monsiæor Profundo, Æ quien iba recomendado, era sugeto raro, y uno de los mas terribles sabios que en el mundo habia. Quísome instruir en las categorías de Aristóteles, y por poco me pone en la de sus gitones: de buena me librØ. Ví procesiones, exœcismos, y no pocos robos. Decian, aunque contra toda verdad, que la siæora Olimpia, dama muy prudente, vendia ciertas cosas que no suelen venderse. De mi edad todo esto me parecia muy gracioso. Ocurrió Æ una seæora moza, y de muy suave condicion, llamada la siæora Fatelo, prendarse de mí: obsequiÆbanla el reverendísimo padre Puæalini, y el reverendísimo padre Aconiti,

religiosos de una congregacion que ya no existe, y los puso de acuerdo a entrar en sus favores; pero me ví a peligro de ser envenenado y excomulgado. Dexé a Roma muy satisfecho con la arquitectura de San Pedro.

Viajé por Francia, donde reynaba a la sazón Luis el justo; y lo primero que me preguntaron fué si quería para mi almuerzo un trozo del mariscal de Ancre, que habia asado la gente, y le vendian muy barato a los que querian comprar su carne para regalarse.

Era este estado un continuo teatro de guerras civiles, unas veces por una plaza en el consejo, y otras por dos páginas de controversias teológicas. Mas de sesenta años hacia que estaban asolados estos hermosos climas por este volcan que unas veces se amortiguaba, y otras ardía con violencia; y eso eran las libertades de la iglesia galicana. ¡Ay! dixe, este pueblo es de natural apacible: ¿quién le ha sacado así de su índole? Dice chufletas, y hace el degüello de San Bartolomé. ¡Venturoso tiempo aquel en que no haga mas que decir donayres!

Pasé a Inglaterra, donde las mismas contiendas ocasionaban los mismos horrores. Unos santos católicos, en obsequio de la iglesia, habian determinado volar con pólvora el rey, la familia real, y todo el parlamento, y librar la Inglaterra de tanto herege. Enseñaronme el sitio donde habia hecho quemar a mas de quinientos de sus vasallos la bienaventurada reyna María, hija de Henrique octavo; y me aseguraron el origen hiberno que fué acción de mucho mérito para con Dios: lo primero porque los quemados eran todos ingleses, y lo segundo porque nunca tomaban agua bendita, ni creían en la cueva de San Patricio; pasmándose de que aun no hubiesen canonizado a la reyna María, bien que abrigaba la esperanza de que no se tardaria en ponerla en los altares, así que tuviera un poco de lugar el cardenal nepote.

Fuíme a Holanda, donde esperaba encontrar mas sosiego en un pueblo mas flemético. Quando llegué a La Haya, estaban cortando la cabeza a un anciano venerable, y era la cabeza calva del primer ministro Barneveldt. Movidome a compasion, pregunté qué delito era el suyo, y si habia sido traidor al estado. Mucho peor que eso, me respondió el predicante de capa negra; que es hombre que cree que puede uno salvarse por sus buenas obras lo mismo que por la fe: y bien veis que si se acreditaran semejantes opiniones, no podria subsistir la república; por eso es menester leyes severas para poner freno a escandalos tan horrosos. Díxome luego suspirando un político profundo: ¡Ha, señores! este buen tiempo no ha de durar siempre; este pueblo se muestra tan zeloso por mero acaso: su verdadero carácter se inclina al abominable dogma de la tolerancia, y un dia le abrazará; cosa que me estremece. Yo empero, mientras no llegaba esta fatal época de indulgencia y moderacion, dexé a toda priesa un pais donde ningun contento templaba su severidad, y me embarqué para España.

Estaba la corte en Sevilla, habian llegado los galeones, y en la mas hermosa estacion del año todo respiraba abundancia y alegría. Al cabo de una calle de naranjos y limones, ví un palenque inmenso rodeado de gradas cubiertas de preciosos tejidos. Baxo un soberbio dosel estaban

el rey, la reyna, los infantes y las infantas. Enfrente de la augusta familia habia un trono todavía mas alto. Dixe, volvíØndome Æ uno de mis compaæeros de viage: Como no estØ aquel trono reservado para Dios, no sØ para quien pueda ser. Oyóun grave Espaæol estas imprudentes palabras, y me saliØron caras. Yo me figuraba que íbamos Æ ver un torneo óuna corrida de toros, quando subióel Inquisidor general al trono, y desde Øl bendixo al monarca y al pueblo.

Vino luego un exØrcito de frayles en filas de dos en dos, blancos, negros, pardos, calzados, descalzos, con barba, imberbes, con capilla puntiaguda, y sin capilla; iba luego el verdugo; y detras, en medio de alguaciles y duques, cerca de quarenta personas cubiertas con sacos donde habia llamas y diablos pintados. Eran estos, ójudíos que se habian empeæado en no renegar de MoisØs, ócristianos que se habían casado con sus comadres, óno habian sido devotos de Nuestra Señora de Atocha, óno habian querido dar dinero Æ los padres capuchinos. CantÆronse unas devotísimas oraciones, y luego fuØron quemados vivos, Æ fuego lento, todos los reos; con lo qual quedómuy edificada la familia real.

Aquella noche, quando me iba Æ meter en la cama, entrÆron dos familiares de la inquisicion, acompaæados de una ronda bien armada; diØronme un cariæoso abrazo, y me llevÆron, sin hablarme palabra, Æ un calabozo muy fresco, donde habia una esterilla para acostarse, y un soberbio crucifixo. Aquí estuve seis semanas, pasadas las quales me mandóÆ pedir por favor el seæor inquisidor que me viese con Øl. Estrechóme en sus brazos con paternal cariæo, y me dixo que sentia muy de veras que estuviese tan mal alojado, pero que estaban ocupados todos los quartos de aquella santa casa, y que esperaba otra vez darme mejor habitacion. Preguntóme luego con no mØnos amor, si sabia porque estaba allí. Respondí al varon santo, que sin duda por mis pecados. Eso es, hijo mió ¿pero por quØ pecados? habladme sin rezelo. Por mas que me mataba, no atinaba, hasta que la caridad del piadoso inquisidor me dióalguna luz. Acordóme al fin de mis imprudentes palabras, y no fuí condenado mas que Æ ejercicios, la disciplina, y treinta mil reales de multa. LlevÆronme Æ dar las gracias al inquisidor general, sugeto muy afable, que me preguntóque tal me habia parecido su fiesta. Rospondíle que era deliciosísima, y fui Æ dar priesa Æ mis compaæeros Æ que saliØsemos del pais, puesto que es tan ameno. Habian estos tenido lugar para informarse de todas las grandes proezas executadas por los Espaæoles en obsequio de la religion, y leido las memorias del cØlebre obispo de Chiapa, donde cuenta que degollÆron, quemÆron óahogÆron unos diez millones de iddatras Americanos por convertirlos Æ nuestra santa fØ. Bien creo que pondera algo el obispo; pero aunque se rebaxe la mitad de las víctimas, todavía queda acreditado un zelo portentoso.

AtormentÆbame sin cesar el ardor de viajar, y estaba resuelto Æ concluir mi peregrinacion de Europa por la Turquía. Encaminóme Æ esta, con firme propósito de no decir otra vez mi parecer acerca de las fiestas que viese. Estos Turcos, dixen Æ mis compaæeros, son unos paganos que no han recibido el santo bautismo, y sin duda han de ser mas crueles que los santos inquisidores; callómonos pues, miØntras

vivamos entre Moros.

Con este Ænimo iba; pero quedØ atónito al ver en Turquía muchos mas templos cristianos que en la isla donde habia nacido, y hasta crecidas congregaciones de frayles, Æ quienes dexaban en paz rezar Æ la virgen María, y maldecir Æ Mahoma, unos en griego, otros en latin, y otros en armenio. ¡QuØ honrada gente son los Turcos! exclamØ. Los cristianos griegos y los latinos eran irreconciliables enemigos en Constantinopla, y se perseguían estos esclavos unos Æ otros como perros que se muerden en la calle, y que separan Æ palos sus amos. Entónces el gran visir protegía Æ los Griegos: el patriarca griego me acusóde que habia cenado con el patriarca latino, y fui condenado por el divÆn Æ cien palos en la planta de los pies, que rescatØ Æ precio de quinientos zequíes. Al otro dia ahorcÆron al gran visir; y al tercero su sucesor, que no fue ahorcado hasta de allí Æ un mes, me condenóÆ la misma multa por haber cenado con el patriarca griego: de suerte que me ví en la triste precision de no freqüentar la iglesia griega ni la latina. Por consolarme arrendØ una hermosa circasiana, que era la mas cariæosa persona Æ solas con un hombre, y la mas devota en la mezquita. Una noche, entre los suaves gustos de amor, exclamó dÆndome un abrazo: _Alah, Ilah, AlÆh_, que son las palabras sacramentales de los Turcos; yo pensØ que fuesen las del amor, y dixe con mucho cariæo: _AlÆh, Ilah, AlÆh_. Ha, dixo la mora, loado sea Dios misericordioso; ya sois Turco. Respondíle que daba las gracias al Seæor que me habia dado fuerza para serlo, y creí que era muy dichoso. Por la maæana vino Æ circuncidarme el iman; y poniendo yo alguna dificultad, me propuso el cadí del barrio, hombre de buena composicion, que me mandaria empalar. Por fin librØ mi prepucio y mi trasero por mil zequíes, y me escapØ corriendo Æ Persia, resuelto Æ no oír en Turquía misa griega ni latina, y Æ no decir nunca _AlÆh, Ilah, AlÆh_ en los ratos de los gustos de amor.

Así que lleguØ Æ Ispahan, me preguntÆron si era del partido del carnero negro ódel carnero blanco. Respondí que lo mismo me daba uno que otro, con tal que fuera tierno. Se ha de notar que todavía estaba dividida la Persia en dos facciones, la del carnero negro y la del blanco. CreyØron que hacia yo burla de Æmbos partidos, y me encontrØ en un terrible compromiso Æ la puerta misma de la ciudad, del qual salí pagando una buena cantidad de zequíes, por no tener que ver con carneros.

No parØ hasta la China, donde lleguØ con un intØrprete que me dixo que era el pais donde se podia vivir alegre y libre: los TÆrtaros que le habian invadido todo lo ponian Æ sangre y fuego, miØntras que los reverendos padres jesuitas por una parte, y los reverendos padres domínicos por otra, decian que ganaban almas para el cielo, sin que nadie lo advirtiese. Nunca se han visto convertidores mas zelosos; unos Æ otros se perseguían con el mas fervoroso ahinco, escribian Æ Roma tomos enteros de calumnias, y se trataban de infieles y prevaricadores por un alma. Habia entre ellos una horrorosa disputa acerca del modo de hacer la cortesía; los jesuitas querian que los Chinos saludaran Æ sus padres y madres Æ la moda de la China, y los domínicos que fuera Æ la moda de Roma. Sucedióne que los jesuítas

creyeron que yo era un dominico, y le dixeron a Su Magestad que era espia del Papa. Diócomision el consejo supremo a un primer mandarin para que me arrestara; el qual mandó a un alguacil, que tenia sus ordenes quatro corchetes, que me prendiesen, y me atasen con toda ceremonia. Conduxeronme, despues de ciento y quarenta genuflexiones, ante Su Magestad, que me preguntósi era yo espia del Papa, y si era cierto que hubiese de venir este principe en persona a destronarle. Respondile que el Papa era un clérigo de mas de setenta años; que distaban sus estados mas de quatro mil leguas de los de su Sacra Magestad Tartaro-China; que su exercito era de dos mil soldados que montaban la guardia con un para-aguas; que no destronaba a nadie, y que podia Su Magestad dormir sin miedo. Esta fué la mñnos fatal aventura de mi vida, pues no hicieron mas que enviarme a Macao, donde me embarqué para Europa.

Fuó preciso calafatear el navío en la costa de Golconda, y me aproveché de la oportunidad para ver la corte del gran Aurengzeb, de quien se contaban entónces mil portentos. Estaba este monarca en Deli, y gocó el gusto imponderable de contemplarle facha a facha el dia de la pomposa ceremonia en que recibíola celestial dEdiva que le enviaba el cherif de la Meca, y era la escoba con que se habia barrido la santa casa, la _caaba_, la _belh-Alah_: escoba que es el símbolo que alimpia todas las suciedades del alma. Parece que no la necesitaba Aurengzeb, que era el varon mas religioso de todo el Indostan, puesto que habia degollado a uno de sus hermanos, y dado veneno a su padre, y habia hecho perecer en un patíbulo a veinte rajas y otros tantos omraes; pero no queria decir eso nada, y no se hablaba de otra cosa que de su devocion, a la qual la de ningun otro era comparable, como no fuese la de la sacra magestad, del serenísimo emperador de Marruecos, Mulcy Ismael, el qual cortaba unas quantas cabezas todos los vienes, despues de hacer oracion.

No articulé yo palabra, que me habian escarmentado los viages, y sabia que no era juez competente para fallar entre estos dos augustos soberanos. Confieso empero que un francés mozo, con quien estaba alojado, faltóal respeto debido a los emperadores de Indias y de Marruceos, diciendo con mucha imprudencia que en Europa habia soberanos muy píos que gobernaban con acierto sus estados, y freqüentaban tambien las iglesias, sin quitar por eso la vida a sus padres y hermanos, ni cortar la cabeza a sus vasallos. Nuestro intérprete dio cuenta en lengua india de las expresiones impías de este mozo. Instruido yo con lo que en otras ocasiones me habia sucedido, mandé ensillar mis camellos, y me fui con el francés. Luego supe que aquella misma noche habian venido a prendernos los oficiales del gran Aurengzeb; y no habiendo encontrado mas que al intérprete, fue este ajusticiado en la plaza mayor, confesando sin lisonja todos los palaciegos que era muy justa su muerte.

Quedé bame por ver la Africa para disfrutar de todas las delicias de nuestro hemisferio, y con efecto la ví. Unos corsarios negros apresaron mi embarcacion. Quejése amargamente mi patron, y les preguntópor qué violaban las leyes de las naciones. Fuéle respondido por el capitán negro: Vuestra nariz es larga, y la nuestra chata;

vuestro cabello es liso, y nuestra lana riza; vuestra cutis es de color ceniciento, y la nuestra de color de Øbano; por consiguiente, en virtud de las sacrosantas leyes de naturaleza, siempre debemos ser enemigos. En las ferias de Guinea nos comprÆis, como si fuØramos acØmilas, para forzarnos Æ que trabajemos en no sØ quØ faenas tan penosas como ridiculas; Æ vergajazos nos haceis horadar los montes para sacar una especie de polvo amarillo que para nada es bueno, y que no vale, ni con mucha, un cebollino de Egipto. Así quando os encontramos nosotros, y podemos mas, os obligamos Æ que labreis nuestras tierras, y de lo contrario os cortamos las narices y las orejas.

No habia rØplica Æ tan discreto razonamiento. Fuí Æ labrar el campo de una negra vieja por conservar mis orejas y mi nariz, y al cabo de un aæo me rescatÆron. Habiendo visto todo quanto bueno, hermoso y admirable hay en la tierra, me determinØ Æ no ver mas que mis dioses penates: me casØ en mi pais, fuí cornudo, y ví que era la mas grata condicion de la vida humana.

Fin de los viages de Escarmentado.

* * * * *

MICROME GAS,

HISTORIA FILOSOFICA.

* * * * *

CAPITULO PRIMERO.

Viage de un morador del mundo de la estrella Sirio al planeta de Saturno.

Habia en uno de los planetas que giran en torno de la estrella llamada Sirio, un mozo de mucho talento, Æ quien tuvo la honra de conocer en el postrer viage que hizo Æ nuestro mezquino hormiguero. Era su nombre Micromegas, nombre que cae perfectamente Æ todo grande, y tenia ocho leguas de alto; quiero decir veinte y quatro mil pasos geomØtricos de cinco piØs de rey.

Algœn algebrista, casta de gente muy œtil al pœblico, tomarÆ Æ este paso de mi historia la pluma, y calcularÆ que teniendo el Seæor Don Micromegas, morador del pais de Sirio, desde la planta de los piØs al colodrillo veinte y quatro mil pasos, que hacen ciento y veinte mil piØs de rey, y nosotros ciudadanos de la tierra no pasando por lo comœn de cinco piØs, y teniendo nuestro globo nueve mil leguas de circunferencia, es absolutamente indispensable que el planeta dónde

nación nuestro hØroe tenga cabalmente veinte y un millones y seiscientas mil veces mas circunferencia que nuestra tierra. Pues no hay cosa mas comun ni mas natural; y los estados de ciertos principillos de Alemania ó de Italia, que pueden andarse en media hora, comparados con la Turquía, la Rusia, ó la América española, son una imÆgen, todavía muy distante de la realidad, de las diferencias que ha establecido la naturaleza entre los seres.

Es la estatura de Su Excelencia la que llevamos dicha, de donde colegirÆ en todos nuestros pintores y escultores, que su cuerpo podia tener unos cincuenta mil piØs de rey de circunferencia, porque es muy bien proporcionado. Su entendimiento es de los mas perspicaces que se puedan ver; sabe una multitud de cosas, y algunas ha inventado: apØnas rayaba con los doscientos y cincuenta aæos, siendo estudiante en el colegio de jesuitas de su planeta, como es allí estilo comun, adivinó por la fuerza de su inteligencia mas de cincuenta proposiciones de Euclides, que son diez y ocho mas que hizo Blas Pascal, el qual habiendo adivinado, segun dice su hermana, treinta y dos jugando, llegóÆ ser, andando los aæos, harto mediano geómetra, y malísimo metafísico. De edad de quatrocientos y cincuenta aæos, que no hacia mas que salir de la niæez, disecó unos insectos muy chicos que no llegaban Æ cien piØs de diÆmetro, y se escondían Æ los microscopios ordinarios, y compuso acerca de ellos un libro muy curioso, pero que le traxo no pocos disgustos. El muftí de su pais, no mØnos cosquilloso que ignorante, encontrón su libro proposiciones sospechosas, mal-sonantes, temerarias, herØticas, _ó que olian Æ heregía_, y le persiguió de muerte: tratÆ base de saber si la forma substancial de las pulgas de Sirio era de la misma naturaleza que la de los caracoles. Defendióse con mucha sal Micromegas; se declarÆ ron las mugeres en su favor, puesto que al cabo de doscientos y veinte aæos que habia durado el pleyto, hizo el muftí condenar el libro por calificadores que ni le habian leído, ni sabian leer, y fue desterrado de la corte el autor por tiempo de ochocientos aæos.

No le afligió mucho el salir de una corte llena de enredos y chismes. Compuso unas dØcimas muy graciosas contra el muftí, que Æ este no le importÆ ron un bledo, y se dedicóÆ viajar de planeta en planeta, para acabar de perfeccionar su razon y su corazon, como dicen. Los que estÆ en acostumbrados Æ caminar en coche de colleras, ó en silla de posta, se pasmarÆ n de los carruages de allÆ arriba, porque nosotros, en nuestra pelota de cieno, no entendemos de otros estilos que los nuestros. Sabia completamente las leyes de la gravitacion y de las fuerzas atractivas y repulsivas nuestro caminante, y se valia de ellas con tanto acierto, que ora montado en un rayo del sol, ora cabalgando en un cometa, andaban de globo en globo Øl y sus sirvientes, lo mismo que revolotea un paxarillo de rama en rama. En poco tiempo hubo corrido la vía lÆctea; y siento tener que confesar que nunca pudo columbrar, por entre las estrellas de que estÆ sembrada, aquel hermosísimo cielo empíreo, que con su anteojo de larga vista descubrió el ilustre Derham, teniente cura [Footnote: Sabio InglØs, autor de la Teología astronómica, y otras obras, en que se esfuerza Æ probar la existencia de Dios por la contemplacion de las maravillas de la naturaleza.]. No digo yo por eso que no le haya visto muy bien el

Seæor Derham; Dios me libre de cometer tamaæo yerro; mas al cabo Micromegas se hallaba en el país, y era buen observador: yo no quiero contradecir Æ nadie.

Despues de muchos viages llegóun dia Micromegas al globo de Saturno; y si bien estaba acostumbrado Æ ver cosas nuevas, todavía le paró confuso la pequeæez de aquel planeta y de sus moradores, y no pudo mØnos de soltar aquella sonrisa de superioridad que los mas cuerdos no pueden contener Æ veces. Verdad es que no es Saturno mas grande que novecientas veces la tierra, y los habitantes del pais son enanos de unas dos mil varas, con corta diferencia, de estatura. Rióse al principio de ellos con sus criados, como hace un mæstico italiano de la mæstica de Lulli, quando viene Æ Francia; mas era el Sirio hombre de razon, y presto reconocióque podia muy bien un ser que piensa no tener nada de ridículo, puesto que no pasara de seis mil piØs su estatura. Acostumbróse Æ los Saturninos, despues de haberlos pasmado, y se hizo íntimo amigo del secretario de la academia de Saturno, hombre de mucho talento, que Æ la verdad nada habia inventado, pero que daba muy lindamente cuenta de las invenciones de los demas, y que hacia regularmente coplas chicas y cÆlculos grandes. PondrØ aquí, para satisfaccion de mis lectores, una conversacion muy extraæa que con el seæor secretario tuvo un dia Micromegas.

CAPITULO II.

Conversacion del morador de Sirio con el de Saturno.

Acostóse Su Excelencia, acercóse Æ su rostro el secretario, y dixo Micromegas: Confesemos que es muy varia la naturaleza. Verdad es, dixo el Saturnino; es la naturaleza como un jardin, cuyas flores.... Ha, dixo el otro, dexaos de jardinerías. Pues es, siguióel secretario, como una reunion de rubias y pelinegras, cuyos atavíos..... ¿QuØ me importan vuestras pelinegras? interrumpióel otro. O bien como una galería de quadros, cuyas imÆgenes..... No, Seæor, no, replicóel caminante, la naturaleza es como la naturaleza. ¿A quØ diablos andais buscando esas comparaciones? Por recrearos, respondióel secretario. Si no quiero yo que me recreen, lo que quiero es que me instruyan, repuso el caminante. Decidme lo primero quantos sentidos tienen los hombres de vuestro globo. Nada mas que setenta y dos, dixo el acadØmico, y todos los dias nos lamentamos de tanta escasez; que nuestra imaginacion se dexa atras nuestras necesidades, y nos parece que con nuestros setenta y dos sentidos, nuestro anulo, y nuestras cinco lunas, no tenemos lo suficiente; y es cierto que no obstante nuestra mucha curiosidad y las pasiones que de nuestros setenta y dos sentidos son hijas, nos sobra tiempo para aburrirnos. Bien lo creo, dixo Micromegas, porque en nuestro globo tenemos cerca de mil sentidos, y todavía nos quedan no sØ quØ vagos deseos, no sØ quØ inquietud, que sin cesar nos avisa que somos chica cosa, y que hay otros seres mucho mas perfectos. He hecho algunos viages, y he visto otros mortales muy inferiores Æ nosotros, y otros que nos son muy superiores; mas ningunos he visto que no tengan mas deseos que

verdaderas necesidades, y mas necesidades que satisfacciones. Acaso llegarØ un dia Æ un pais donde nada haga falta, pero hasta ahora no he podido saber del tal pais. EchÆronse entónces Æ formar conjeturas el Saturnino y el Sirio; pero despues de muchos racionios no mØnos ingeniosos que inciertos, fuØ forzoso volver Æ sentar hechos. ¿Quanto tiempo vivís? dixo el Sirio. Ha, muy poco, replicóel hombrecillo de Saturno. Lo mismo sucede en nuestro pais, dixo el Sirio, siempre nos estamos quejando de la cortedad de la vida. Menester es que sea esta universal pension de la naturaleza. ¡Ay! nuestra vida, dixo el Saturnino, se ciæe Æ quinientas revoluciones solares (que vienen Æ ser quince mil aæos, ócerca de ellos, contando como nosotros). Ya veis que eso casi es morirse así que uno nace: es nuestra exístencia un punto, nuestra vida un momento, nuestro globo un Ætomo; y apØnas empieza uno Æ instruirse algo, quando le arrebatla la muerte, Æntes de adquirir experiencia. Yo por mí no me atrevo Æ formar proyecto ninguno, y me encuentro como la gota de agua en el inmenso ocØano; y lo que mas sonroxo me causa en vuestra presencia, es contemplar quan ridícula figura hago en este mundo. Replicóe Micromegas: Si no fuØrais filósofo, tendria, rezelo de desconsolaros, diciØndoos que es nuestra vida setecientas veces mas dilatada que la vuestra; pero bien sabeis que quando se ha de restituir el cuerpo Æ los elementos, y reanimar baxo distinta forma la naturaleza, que es lo que llaman morir; quando es llegado, digo, este momento de metamorfósis, poco importa haber vivido una eternidad óun dia solo, que uno y otro es lo mismo. Yo he estado en paises donde viven las gentes mil veces mas que en el mio, y he visto que todavía se quejaban; pero en todas partes se encuentran sugetos de razon, que saben resignarse, y dar gracias al autor de la naturaleza, el qual con una especie de maravillosa uniformidad ha esparcido en el universo las variedades con una profusion infinita. Así por exemplo, todos los seres que piensan son diferentes, y todos se parecen en el don de pensar y desear. En todas partes es la materia extensa, pero en cada globo tiene propiedades distintas. ¿Quantas de estas propiedades tiene vuestra materia? Si hablais de las propiedades sin las quales creemos que no pudiera subsistir nuestro globo como Øl es, dixo el Saturnino, no pasan de trescientas, conviene Æ saber la extension, la impenetrabilidad, la movilidad, la gravitacion, la divisibilidad, etc. Sin duda, replicóel caminante, que basta ese corto nœmero para el plan del criador en vuestra estrecha habitacion, y en todas cosas adoro su sabiduría, porque si en todas veo diferencias, tambien contemplo en todas proporciones. Vuestro globo es chico, y tambien lo son sus moradores; teneis pocas sensaciones, y goza vuestra materia de pocas propiedades: todo eso es disposicion de la Providencia. ¿De quØ color es vuestro sol bien exâminado? Blanquecino muy ceniciento, dixo el Saturnino, y quando dividimos uno de sus rayos, hallamos que tiene siete colores. El nuestro tira Æ encarnado, dixo el Sirio, y tenemos treinta y nueve colores primitivos. En todos quantos he exâminado, no he hallado un sol que se parezca Æ otro, como no se vØ en vuestro planeta una cara que no se diferencie de todas las demÆes.

Despues de otras muchas quæstiones anÆlogas, se informóde quantas substancias distintas se conocian en Saturno, y le fuØ respondido que habia hasta unas treinta: Dios, el espacio, la materia, los seres

extensos que sienten, los seres extensos que sienten y piensan, los seres que piensan y no son extensos, los que se penetran, y los que no se penetran, etc. El Sirio, en cuyo planeta hay trescientas, y que habia en sus viages descubierto hasta tres mil, dexó extraordinariamente asombrado al filósofo de Saturno. Finalmente, habiéndose comunicado uno a otro casi todo quanto sabian y muchas cosas que no sabian, y habiendo discurrido por espacio de toda una revolucion solar, se determinaron a hacer juntos un corto viage filosófico.

CAPITULO III.

Viage de los dos habitantes de Sirio y Saturno

Ya estaban para embarcarse nuestros dos caminantes en la atmósfera de Saturno con muy decente provision de instrumentos de matemáticas, quando la dama del Saturnino, que lo supo, le vino a dar amargas quejas. Era esta una morenita muy agraciada, que no tenia mas que mil y quinientas varas de estatura, pero que con sus gracias reparaba lo chico de su cuerpo. ¡Ha cruel! exclamó despues que te he resistido mil y quinientos años, quando apenas me habia rendido, no habiendo pasado arriba de cien años en tus brazos, ¡me abandonas por irte a viajar con un gigante del otro mundo! Anda, que no eres mas que un curioso, y nunca has estado enamorado; que si fueras Saturnino legítimo, mas constante serias. ¿Adonde vas? ¿quién quieres? muchos errantes son que tocan nuestras cinco lunas, y muchos mudable nuestro anulo. Esto se acabó nunca mas he de querer. Abrazóla el filósofo, lloró con ella, puesto que filósofo; y la dama, despues de haberse desmayado, se fué a consolar con un petimetre.

Partieronse nuestros dos curiosos, y saltaron primero al anulo que encontraron muy aplastado, como lo ha adivinado un ilustre habitante de nuestro globo; y desde allí anduvieron de luna en luna. Pasó un cometa por junto a la última, y se tiraron con sus sirvientes y sus instrumentos. Apenas hubieron andado ciento y cincuenta millones de leguas, se toparon con los satélites de Júpiter. Apeñaronse en este planeta, donde se detuvieron un año, y aprendieron secretos muy curiosos, que se habrian dado a la imprenta, si no hubiese sido por los señores inquisidores que han encontrado proposiciones algo duras de tragar; pero yo logré leer el manuscrito en la biblioteca del Ilustrísimo Señor Arzobispo de ... que me permitió registrar sus libros, con toda la generosidad y bondad que a tan ilustre prelado caracterizan.

Volvamos empero a nuestros caminantes. Al salir de Júpiter, atravesaron un espacio de cerca de cien millones de leguas, y costearon el planeta Marte, el qual, como todos saben, es cinco veces mas pequeño que nuestro globo; y vieron dos lunas que sirven a este planeta, y no han podido descubrir nuestros astrónomos. Bien sé que el abate Ximenez escribió con mucho donayre contra la existencia de dichas lunas, mas yo apelo a los que discurren por analogía; todos excelentes filósofos que saben muy bien que no le seria posible a

Marte vivir sin dos lunas Æ lo mØnos, estando tan distante del sol. Sea como fuere, Æ nuestros caminantes les pareciócosa tan chica, que se temiØron no hallar posada cómoda, y pasÆron adelante como hacen dos caminantes quando topan con una mala venta en despoblado, y siguen hasta el pueblo inmediato. Pero luego se arrepintiØron el Sirio y su compaæero, que anduviØron un largo espacio sin hallar albergue. Al cabo columbrÆron una lucecilla, que era la tierra, y que pareció muy mezquina cosa Æ gentes que venian de Joepiter. No obstante, rezelando arrepentirse otra vez, se determinÆron Æ desembarcar en ella. PasÆron Æ la cola del cometa, y hallando una aurora boreal Æ mano, se metiØron dentro, y aportÆron en tierra Æ la orilla septentrional del mar BÆltico, Æ cinco de Julio de mil setecientos treinta y siete.

CAPITULO IV.

Que da cuenta de lo que les sucediØn el globo de la tierra.

Habiendo descansado un poco, se almorzÆron dos montañæas que les guisÆron sus criados con mucho aseo. QuisiØron luego reconocer el mezquino pais donde se hallaban, y se dirigiØron de Norte Æ Sur. Cada paso ordinario del Sirio y su familia era de unos treinta mil piØs de rey: seguiale de lØjos el enano de Saturno, que perdia el aliento, porque tenia que dar doce pasos miØntras alargaba el otro la pierna, casi como un perrillo faldero que sigue, si se me permite la comparacion, Æ un capitÆn de guardias del rey de Prusia.

Como andaban de priesa estos extranjeros, diØron la vuelta al globo en treinta y seis horas: verdad es que el sol, ópor mejor decir la tierra, hace el mismo viage en un dia; pero hemos de reparar que es cosa mas fÆcil girar sobre su exe que anclar Æ piØ. VolviØron al cabo al sitio donde etaban primero, habiendo visto la balsa, casi imperceptible para ellos, que llaman el MediterrÆneo, y el otro estanque chico que con nombre de grande OcØano rodea nuestra madriguera; al enano le daba el agua Æ media pierna, y apØnas si se habia mojado el otro los talones. FuØron y viniØron arriba y abaxo, haciendo quanto podian por averiguar si estaba óno habitado este globo: baxÆronse, acostÆronse, tentÆron por todas partes; pero eran tan desproporcionados sus ojos y manos con los mezquinos seres que andan arrastrando acÆ baxo, que no tuviØron la mas leve sensacion por donde pudiesen caer en sospecha de que exístimos nosotros y nuestros hermanos los demas moradores de este globo.

El enano, que Æ veces fallaba con alguna precipitacion, decidióluego que no habia vivientes en la tierra, y su razon primera fuØ que no habia visto ninguno. Micromegas le dióÆ entender con mucha urbanidad, que no era fundada la conseqüencia; porque, le dixo, con vuestros ojos tan chicos no veis ciertas estrellas de quinquagØsima magnitud, que distingo yo con mucha claridad. ¿Colegis por eso que no haya tales estrellas? Si lo he tentado todo, dixo el enano. ¿Y si no habeis sentido lo que hay? dixo el otro. Si estÆ tan mal compaginado este globo, replicóel enano; si es tan irregular, y de una configuracion

que parece tan ridícula, que todo Øl se me figura un caos. ¿No veis esos arroyuelos, que ninguno corre derecho; esos estanques que ni son redondos, ni cuadrados, ni ovalados, ni de figura regular ninguna; todos esos granillos puntiagudos de que estÆ erizado, y se me han entrado en los piØs? (y queria hablar de las montæas). ¿No notais la forma de todo el globo, aplastado por los polos, y girando en torno del sol con tan desconcertada direccion, que por necesidad los climas de Æmbos polos han de estar incultos? Lo que me fuerza Æ creer de veras que no hay vivientes en Øl, es que ninguno que tuviese razon querria habitarle. ¿QuØ importa? dixo Micromegas, acaso no tienen sentido comun los habitantes, pero al cabo no es de presumir que se haya hecho esto sin algun fin. Decis que aquí todo os parece irregular, porque estÆ todo tirado Æ cordel en Joëpiter y Saturno. Pues por esa misma razon acaso hay aquí algo de confusion. ¿No os he dicho ya que siempre habia notado variedad en mis viages? Replicóel Saturnino Æ estas razones, y no se hubiera concluido la disputa, si en el calor de ella no hubiese roto Micromegas el hilo de su collar de diamantes, y caídose estos; que eran unos brillantes muy lindos, aunque pequeÿitos y desiguales, que los mas gruesos pesaban quatrocientas libras, y cincuenta los mas menudos. Cogióel enano algunos, y arrimÆndoselos Æ los ojos vióque del modo que estaban brillantados, eran microscopios excelentes: cogiópues un microscopio chico de ciento y sesenta piØs de diÆmetro, y se le aplicóÆ un ojo, miØntras que se servia Micromegas de otro de dos mil y quinientos piØs. Al principio no viØron nada con ellos, puesto que eran aventajados; fuØ preciso ponerse en la posicion que se requeria. Al cabo vióel morador de Saturno una cosa imperceptible que se meneaba entre dos aguas en el mar BÆltico, y era una ballena: pœsola bonitamente encima del dedo, y colocÆndola en la uæa del pulgar, se la enseæóal Sirio, que por la segunda vez se echóÆ reir de la enorme pequeæez de los moradores de nuestro globo. Convencido el Saturnino de que estaba habitado nuestro mundo, se imaginó luego que solo por ballenas lo estaba; y como era gran discurridor, quiso adivinar de donde venia el movimiento Æ un Ætomo tan ruin, y si tenia ideas, voluntad y libre albedrío. Micromegas no sabia que pensar; mas habiendo exâminado con mucha paciencia el animal, sacóde su exânen que no podia residir un alma en cuerpo tan chico. InclínÆbanse pues nuestros dos caminantes Æ creer que no hay razon en nuestra habitacion, quando, con el auxilio del microscopio, distinguiØron otro bulto mas grueso que una ballena, que en el mar BÆltico andaba fluctuando. Ya sabemos que hÆcia aquella Øpoca volvia del círculo polar una bandada de filósofos, que habian ido Æ hacer observaciones en que nadie hasta entónces habia pensado. TraxØron los papeles pœblicos que habia zozobrado su embarcacion en las costas de Botnia, y que les habia costado mucho trabajo el salir Æ salvamento; pero nunca se sabe en este mundo lo que hay por debaxo de cuerda. Yo voy Æ contar con ingenuidad el suceso, sin quitar ni aæadir nada: esfuerzo que de parte de un historiador es sobremuera meritorio.

Experiencias y raciocinios de Æmbos caminantes.

Tendió Micromegas con mucho tiento la mano al sitio donde se vía el objeto, y alargando y encogiendo los dedos de miedo de equivocarse, y abrióndolos luego y cerrÆndolos, agarrócon mucha maæa el navío donde iban estos seæores, y se le puso sobre la uæa, sin apretarle mucho, por no estruxarle. Hete aquí un animal muy distinto del otro, dixo el enano de Saturno; y el Sirio puso el pretense animal en la palma de la mano. Los pasajeros y marineros de la tripulaciõn, que se creían arrebatados por un huracÆn, y que pensaban haber barado en un baxío, estan todos en movimiento; cogen los marineros toneles de vino, los tiran Æ la mano de Micromegas, y ellos se tiran despues; agarran los geómetras de sus quartos de círculo, sus sectores, y sus muchachas laponas, y se apean en los dedos del Sirio: por fin tanto se afanÆron, que sintióque se meneaba una cosa que le escarabajeaba en los dedos, y era un garrote con un hierro Æ la punta que le clavaban hasta un piØ en el dedo índice: esta picazon le hizo creer que habia salido algo del cuerpo del animalejo que en la mano tenia; mas no pudo sospechar al principio otra cosa, pues su microscopio, que apØnas bastaba para distinguir un navío de una ballena, no podia hacer visible un entecillo tan imperceptible como un hombre. No quiero zaherir aquí la vanidad de ninguno; pero ruego Æ la gente vanagloriosa que paren la consideracion en este lugar, y contemplen que suponiendo la estatura ordinaria de un hombre de cinco piØs de rey, no hacemos mas bulto en la tierra que el que en una bola de diez piØs de circunferencia hiciera un animal que tuviese un seiscientos mil avos de pulgada de alto. FigurØmonos una substancia que pudiera llevar el globo terraqœiæo en la mano, y que tuviese órganos anÆlogos Æ los nuestros, y es cosa muy factible que haya muchas de estas substancias; y colijamos que es lo que de las funciones de guerra, en que hemos ganado dos ótres lugarejos que luego ha sido fuerza restituir, pensarian.

No me queda duda de que si algun capitÆn de granaderos leyere esta obra, haga Æ su tropa que se ponga gorras dos piØs mas altas; pero le advierto que, por mas que haga, siempre serÆn Øl y sus soldados unos infinitamente pequeæos.

¡QuØ maravillosa maæa hubo de necesitar nuestro filósofo de Sirio para atinar Æ columbrar los Ætomos de que acabo de hablar! Quando Leuwenhoek y Hartsoeker víØron, ócreyØron que vian, por la vez primera, la simiente de que somos formados, no fuØ, ni con mucho, tan asombroso su descubrimiento. ¡QuØ gusto el de Micromegas quando vió estas maquinillas menearse, quando examinósus movimientos todos, y siguió todas sus operaciones! ¡Cómo clamaba! ¡con quØ jœbilo alargóÆ su compaæero de viage uno de sus microscopios! ViØndolos estoy, decian Æmbos juntos; contemplad como se cargan, como se baxan y se alzan. Así decian, y les temblaban las manos de gozo de ver objetos tan nuevos, y de temor de perderlos de vista. Pasando el Saturnino de un extremo de confianza al opuesto de credulidad, se figuróque los estaba viendo ocupados en la propagacion. Ha, dixo el Saturnino, cogida tengo la naturaleza "con las manos en la masa." EngaæÆbanle empero las apariencias, y así sucede muy freqüentemente, quando uno usa y quando

no usa microscopios.

CAPITULO VI.

De lo que les aconteció con unos hombres.

Muy mejor observador Micromegas que su enano, vió claramente que se hablaban los Ætomos, y se lo hizo notar Æ su compaæero, el qual con la vergüenza de haberse engañado acerca del artículo de la generacion, no quiso creer que semejante especie de bichos se pudieran comunicar ideas. Tenia el don de lenguas no mØnos que el Sirio; y no oyendo hablar Æ nuestros Ætomos, suponía que no hablaban: y luego ¿cómo habian de tener los órganos de la voz unos entes tan imperceptibles, ni quØ se habian de decir? Para hablar es indispensable pensar; y si pensaban, tenían algo que equivalía al alma: y atribuir una cosa equivalente al alma Æ especie tan ruin, se le hacia mucho disparate. Díxole el Sirio: ¿Pues no creáis, poco hace, que se estaban enamorando? ¿pensais que enamora nadie sin pensar, y sin hablar palabra, ó Æ lo mØnos sin darse Æ entender? ¿ósuponeis que es cosa mas fÆcil hacer un chiquillo que un silogismo? A mí uno y otro me parecen impenetrables misterios. No me atrevo ya, dixo el enano, Æ creer ni Æ negar cosa ninguna; procuremos examinar estos insectos, y discurrirØmos luego. ¡Que me place! respondió Micromegas; y sacando unas tixerías, se cortó las uæas, y con lo que cortó de la uæa de su dedo pulgar hizo al punto una especie de bocina grande, como un embudo inmenso, y puso el caæon al oido: la circunferencia del embudo cogía el navío y toda su tripulacion, y la mas dØbil voz se introducía en las fibras circulares de la uæa, de suerte que, merced de su industria, el filósofo de allÆ arriba oyó perfectamente el zumbido de nuestros insectos de acÆ abaxo, y en pocas horas logró distinguir las palabras, y entender al cabo el francØs. Lo mismo hizo el enano, aunque no con tanta facilidad. Crecía por puntos el asombro de los dos viajeros, al oír unos aradores hablar con bastante razon, y les parecía inexplicable este juego de la naturaleza. Bien se discurre que se morían el enano y el Sirio de deseos de entablar conversacion con los Ætomos; mas se temía el enano que su tenante voz, y mas aun la de Micromegas, atronara Æ los aradores sin que la oyesen. TratÆron, pues de disminuir su fuerza, y para ello se pusieron en la boca unos mondadientes muy menudos, cuya punta muy afilada iba Æ parar junto al navío. Puso el Sirio al enano sobre sus rodillas, y encima de una uæa el navío con la tripulacion; baxó la cabeza y habló muy quedo, y despues de todas estas precauciones y otras muchas mas, dixo lo siguiente: Invisibles insectos que la diestra del Criador se plugo en producir en el abismo de los infinitamente pequeæos, yo le bendigo porque se dignó manifestarme impenetrables secretos. Acaso nadie se dignarÆ de miraros en mi corte, pero yo Æ nadie desprecio, y os brindo con mi proteccion.

Si ha habido asombros en el mundo, ninguno ha llegado al de los que estas razones oyØron decir, sin poder atinar de donde salían. Rezó el capellan las preces de conjuros, votÆron y renegÆron los marineros, y

fraguéron un sistema los filósofos del navío; pero, por mas sistemas que imaginaron, no les fué posible atinar quien era el que les hablaba. Entónces les contó breves palabras el enano de Saturno, que tenia muchos recia la voz que Micromegas, con que gente estaban hablando, y su viage de Saturno: les informó de quien era el señor Micromegas, y habiéndose compadecido de que fueran tan chicos, les preguntó si habian vivido siempre en un estado tan rayano de la nada, y qué era lo que hacian en un globo que al parecer era peculio de ballenas; si eran dichosos, si tenian alma, si multiplicaban, y otras mil preguntas de este jaez.

Enojado de que dudasen si tenia alma, un racionador de la banda, mas osado que los demas, observó al interlocutor con unas pínulas adaptadas a un cuarto de círculo, midió dos triángulos, y al tercero le dixo así: ¿Con que creéis, señor caballero, que porque teneis dos mil varas de pies a cabeza, sois algun?... ¡Dos mil varas! exclamó el enano, pues no se equivoca ni en una pulgada. ¡Con que me ha medido este átomo! ¡con que es gémetra, y sabe mi tamaño; y yo que no le puedo ver sin auxilio de un microscopio, no sé aun el suyo! Si, que os he medido, dixo el físico, y tambien mediré al gigante compaero vuestro. Admitió la propuesta, y se acostó su Excelencia por el suelo, porque estando en pie su cabeza era muy mas alta que las nubes; y nuestros filósofos le plantaron un árbol muy grande en cierto sitio que Torres ó Quevedo hubiera nombrado por su nombre, pero que yo no me atrevo a mentar, por el mucho respeto que tengo a las damas; y luego por una serie de triángulos, conexó unos con otros, coligieron que la persona que median era un mancebito de ciento y veinte mil pies de rey.

Prorumpió entónces Micromegas en estas razones: Ya veo que nunca se han de juzgar las cosas por su aparente magnitud. O Dios, que diste la inteligencia a unas substancias que tan despreciables parecen, lo infinitamente pequeño no cuesta mas a tu omnipotencia que lo infinitamente grande; y si es dable que haya otros seres mas chicos que estos, acaso tendrá en una inteligencia superior a la de aquellos inmensos animales que he visto en el cielo, y que con un pie cubririan el globo entero donde ahora me encuentro.

Respondió uno de los filósofos que bien podia creer, sin que le quedase duda, que habia seres inteligentes mucho mas chicos que el hombre, y le contó no las fábulas que nos ha dexado Virgilio sobre las abejas, sino lo que Swammerdam ha descubierto, y lo que ha disecado Reaumur. Instruyó de luego de que hay animales que son, con respecto a las abejas, lo que son las abejas con respecto al hombre, y lo que era el Sirio propio con respecto a aquellos animales tan corpulentos de que hablaba, y lo que son estos grandes animales con respecto a otras substancias ante las quales parecen imperceptibles átomos. Poco a poco fué haciéndose interesante la conversacion, y dixo así Micromegas.

Conversacion con los hombres.

O ¿Somos inteligentes, en quien se plugo el eterno Ser en manifestar su arte y su potencia, sin duda que en vuestro globo disfrutais contentos purísimos; pues teniendo tan poca materia y pareciendo todos espíritu, debeis emplear vuestra vida en amar y pensar, que es la verdadera vida de los espíritus. En parte ninguna he visto la verdadera felicidad, mas estoy cierto de que esta es su mansion. Encogiéronse de hombros al oír este razonamiento los filósofos todos; y mas ingenuo uno de ellos confesó sinceramente que, exceptuando un cortísimo número de moradores poquísimos apreciados, todo lo demás es una cæfila de locos, de perversos y desdichados. Mas materia tenemos, dixo, de la que es menester para obrar mal, si procede el mal de la materia, y mas inteligencia, si proviene de la inteligencia. ¿Sabeis por exemplo que ¿ la hora esta cien mil locos de nuestra especie, que llevan sombreros, estan matando ¿ otros cien mil animales cubiertos de un turbante, ó muriendo ¿ sus manos, y que así es estilo en toda la tierra, de tiempo inmemorial ac¿? Horrorizóse el Sirio, y preguntó el motivo de tan horribles contiendas entre animalejos tan ruines. Trætase, dixo el filósofo, de unos pedacillos de tierra tamaños como vuestro piø, y no porque ni uno de los millones de hombres que pierden la vida solicite un terron siquiera de dicho pedazo; que se trata de saber si ha de pertenecer ¿ cierto hombre que llaman Sultan, ó ¿ otro que apellidan Cøsar, no sø por quø. Ninguno de los dos ha visto ni ver¿ nunca el rincencillo de tierra que est¿ en litigio; ni mønos casi ninguno de los animales que recíprocamente se asesinan ha visto tampoco al animal por quien asesina.

¡Desventurados! exclamó indignado el Sirio: ¿cómo es posible imaginar tan furioso frenesí? Arranques me vienen de dar tres pasos, y con tres patadas estruxar todo ese hormiguero de ridículos asesinos. No os tomøis ese trabajo, le respondiøron, que sobrado se afanan ellos en labrar su ruina. Sabed que dentro de diez años no quedar¿ en vida el diezmo de estos miserables; y que, aun sin sacar la espada, casi todos se los lleva la hambre, la fatiga, ó la destemplanza, aparte de que no son ellos los que merecen castigo, sino los ociosos despiadados, que metidos en su gabinete mandan, miøntas digieren la comida, degollar un millon de hombres, y dan luego solemnes acciones de gracias ¿ Dios. Sentíase el caminante movido ¿ piedad del mezquino linage humano, en el qual tantas contradicciones descubria. Siendo vosotros, dixo ¿ estos señores, del corto número de sabios que sin duda ¿ nadie matan por dinero, os ruego que me digais quales son vuestras ocupaciones. Disecamos moscas, respondiø el filósofo, medimos líneas, combinamos números, estamos conformes acerca de dos ó tres puntos que entendemos, y divididos sobre dos ó tres mil que no entendemos. Ocurriðes al Sirio y al Saturnino hacer preguntas ¿ los ¿Somos pensadores, para saber sobre quø estaban acordados. ¿Quø distancia hay, dixo este, desde la estrella de la Canícula hasta la grande de Gøminis? Respondiøronle todos juntos: Treinta y dos grados y medio.--¿Quanto dista de aquí la luna?--Sesenta semi-di¿metros de la tierra.--¿Quanto pesa vuestro ayre? Creía haberlos cogido; pero todos le dixøron que pesaba novecientas veces mønos que el mismo volumen del agua mas ligera, y

diez y nueve mil veces mØnos que el oro. AtØnito el enanillo de Saturno con sus respuestas, estaba tentado Æ creer que eran mÆgicos aquellos mismos Æ quienes un cuarto de hora Æntes les habia negado la inteligencia.

Díxoles finalmente Micromegas: Una vez que tan puntualmente sabeis lo que hay fuera de vosotros, sin duda que mejor todavía sabrØis lo que hay dentro: decidme pues quØ cosa es vuestra alma, y cØmo se forman vuestras ideas. Los filØsofos hablÆron todos Æ la par, como Æntes, pero todos fuØron de distinto parecer. CitØel mas anciano Æ AristØeles, otro pronunciØel nombre de Descartes, este el de Malebranche, aquel el de Leibnitz, y el de Locke otro. El anciano peripatØtico dixo con toda confianza: El alma es una _entelechía_, una razon en virtud de la qual tiene la potencia de ser lo que es; así lo dice expresamente AristØeles, pÆg. 633 de la edicion del Louvre: _Entelechia esti_, etc. No entiendo el griego, dixo el gigante. Ni yo tampoco, respondiØel arador filosØfico. ¿Pues Æ quØ citais, replicØ el Sirio, Æ ese AristØeles en griego? Porque lo que uno no entiende, repuso el sabio, lo ha de citar en lengua que no sabe.

TomØel hilo el cartesiano, y dixo: Es el alma un espØritu puro que en el vientre de su madre ha recibido todas las ideas metafísicas, y que así que sale de Øl se vØ precisada Æ ir Æ la escuela, y aprender de nuevo lo que tan bien sabia y que nunca volverÆ Æ saber. Pues estÆs medrado, respondiØel animal de ocho leguas, con que supiera tanto tu alma quando estabas en el vientre de tu madre, si habia de ser tan ignorante quando fueras tØe hombre con barba. ¿Y quØ entiendes por espØritu? ¿QuØ es lo que me preguntais? dixo el discurridor, no tengo idea ninguna de Øl: dicen que lo que no es materia.--¿Y sabes lo que es materia? Eso sí, respondiØel hombre. Esa piedra por exemplo es parda, y de tal figura, tiene tres dimensiones, y es grave y divisible. Así es, dixo el Sirio; ¿pero esa cosa que te parece divisible, grave y parda, me dirÆs quØ es? Algunos atributos vØs, pero ¿el sosten de estos atributos le conoces? No, dixo el otro. Luego no sabes quØ cosa sea la materia.

DirigiØndose entØnces el seæor Micromegas Æ otro sabio que encima de su dedo pulgar tenia, le preguntØquØ era su alma, y quØ hacia. Cosa ninguna, respondiØel filØsofo malebranchista; Dios es quien lo hace todo por mí; en Øl lo veo todo, en Øl lo hago todo, y Øl es quien todo lo hace sin cooperacion mia. Tanto monta no exístir, replicØel filØsofo de Sirio. ¿Y tØe, amigo, le dixo Æ un leibniziano que allí estaba, quØ dices? ¿quØ es tu alma? Un puntero de reloj, dixo el leibniziano, que seæala las horas miØntras las toca mi cuerpo; óbien, si os parece, el alma las toca miØntras el cuerpo las seæala; ómi alma es el espejo del universo, y mi cuerpo el marco del espejo: todo esto es claro.

EstÆbalos oyendo un sectario de Locke, y quando le tocØhablar, dixo: Yo no sØ como pienso, lo que sØ es que nunca he pensado como no sea por medio de mis sentidos. Que haya substancias inmateriales Ø inteligentes, no pongo duda; pero que no pueda Dios comunicar la inteligencia Æ la materia, eso lo dudo mucho. Respeto el eterno poder,

y sØ que no me compete limitarle; no afirmo nada, y me ciæo Æ creer que hay muchas mas cosas posibles de lo que se piensa.

Sonriæ el animal de Sirio, y le parecióque no era este el mØnos cuerdo; y si no hubiera sido por la mucha desproporcion, hubiera dado un abrazo el enano de Saturno al sectario de Locke. Por desgracia se encontraba en la banda, un animalucho con un bonete en la cabeza, que cortando el hilo Æ todos los filósofos dixo que Øl sabia el secreto, que se hallaba en la Suma de Santo Tomas; y mirando de pies Æ cabeza Æ los dos moradores celestes, les sustentóque sus personas, sus mundos, sus soles y sus estrellas, todo habia sido criado para el hombre. Al oir tal sandez, nuestros dos caminantes hubiØron de caerse uno sobre otro, pereciØndose de aquella inextinguible risa que, segun Hornero, cupo en suerte Æ los Dioses; iba y venia su barriga y sus espaldas, y en estas idas y venidas se cayóel navio de la uæa del Sirio en el bolsillo de los calzones del Saturnino. BuscÆronle Æmbos mucho tiempo; al cabo topÆron la tripulacion, y la metiØron en el navio lo mejor que pudiØron. Cogióel Sirio Æ los aradorcillos, y les hablócon mucha afabilidad, puesto que estaba algo mohino de ver que unos infinitamente pequeæos tuvieran una vanidad casi infinitamente grande. Prometiðes que compondria un libro de filosofía escrito de letra muy menuda para su uso, y que en Øl verian el porque de todas las cosas; y con efecto Æntes de irse les dióel prometido libro, que llevÆron Æ la academia de ciencias de Paris. Mas quando le abrióel secretario, se hallócon que estaba todo en blanco, y dixo: _ha, ya me lo presumia yo_.

Fin de la historia de Micromegas.

* * * * *

HISTORIA

DE UN BUEN BRAMA.

En mis viages encontrØ un brama anciano, sugeto muy cuerdo, instruido y discreto, y con esto rico, cosa que le hacia mas cuerdo; porque, como no le faltaba nada, no necesitaba engæær Æ nadie. Gobernaban su familia tres mugeres muy hermosas, cuyo esposo era; y quando no se recreaba con sus mugeres, se ocupaba en filosofar. Vivía junto Æ su casa que era hermosa, bien alhajada y con amenos jardines, una India vieja, beata, tonta, y muy pobre.

Díxome un día el brama: Quisiera no haber nacido. PreguntØle porque, y me respondió Quarenta æeos ha que estoy estudiando, y todos quarenta los he perdido; enseæo Æ los demas, y lo ignoro todo. Este estado me tiene tan aburrido y tan descontento, que no puedo aguantar la vida: he nacido, vivo en el tiempo, y no sØ quØ cosa es el tiempo; me hallo en un punto entre dos eternidades, como dicen nuestros sabios, y no tengo idea de la eternidad; consto de materia, pienso, y nunca he

podido averiguar la causa eficiente del pensamiento; ignoro si es mi entendimiento una mera facultad, como la de andar y digerir, y si pienso con mi cabeza lo mismo que palpo con mis manos. No solamente ignoro el principio de mis pensamientos, mas tambiØn se me esconde igualmente el de mis movimientos: no sØ porque existo, y no obstante todos los dias me hacen preguntas sobre todos estos puntos; y como tengo que responder por precision y no sØ quØ decir, hablo mucho, y despues de haber hablado me quedo avergonzado y confuso de mí propio. Peor es todavía quando me preguntan si Brama fuØ producido por Visnœ, ósi Æmbos son eternos. A Dios pongo por testigo de que no lo sØ, y bien se echa de ver en mis respuestas. Reverendo padre, me dicen, explicadme como el mal inunda la tierra entera. Tan adelantado estoy yo como los que me hacen esta pregunta: unas veces les digo que todo estÆ perfectísimo; pero los que han perdido sus caudales y sus miembros en la guerra no lo quieren creer, ni yo tampoco, y me vuelvo Æ mi casa abrumado de mi curiosidad y mi ignorancia. Leo nuestros libros antiguos, y me ofuscan mas las tinieblas. Hablo con mis compaæeros: unos me aconsejan que disfrute de la vida, y me ría de la gente; otros creen que saben algo, y se descarrian en sus desatinos; y todo aumenta la angustia que padezco. Muchas veces estoy Æ pique de desesperarme, contemplando que al cabo de todas mis investigaciones no sØ ni de donde vengo, ni quØ soy, ni adonde irØ, ni quØ he de ser.

Causóme lÆstima de veras el estado de este buen hombre, que no habia otro de mas razon, ni mas ingenuo; y me convencí de que eso mas era desdichado que mas entendimiento tenia, y era mas sensible.

Aquel mismo dia visitØ Æ la vieja vecina suya, y le preguntØ si se habia apesadumbrado alguna vez por no saber quØ era su alma; y ni siquiera entendiómi pregunta. Ni un instante en toda su vida habia reflexionado en uno de los puntos que tanto atormentaban al brama; creía con toda su alma en las transformaciones de Visnœ, y se tenia por la mas dichosa muger, con tal que de quando en quando tuviese agua del Ganges para baæarse.

Atónito de la felicidad de esta pobre muger, me volví Æ ver con mi filósofo, y le dixee: ¿No teneis vergüenza de vuestra desdicha, quando Æ la puerta de vuestra casa hay una vieja autómata que en nada piensa, y vive contentísima? Razon teneis, me respondiØ y cien veces he dicho para mí, que seria muy feliz si fuera tan tonto como mi vecina, mas no quiero gozar semejante felicidad.

Mas golpe me dióesta respuesta del brama, que todo quanto primero me habia dicho; y exáminÆndome Æ mí propio, ví que efectivamente no quisiera yo ser feliz Æ trueque de ser un majadero. Propuse el caso Æ varios filósofos, y todos fuØron de mi parecer. No obstante, decia yo entre mí, rara contradiccion es pensar así, porque al cabo lo que importa es ser feliz, y nada monta tener entendimiento, óser necio. Mas digo: los que viven satisfechos con su suerte bien ciertos estan de que viven satisfechos; y los que discurren no lo estan de que discurren bien. Luego cosa es clara, aæadia yo, que debiera uno escoger no tener migaja de razon, si en algo contribuye la razon Æ nuestra infelicidad. Todo el mundo fuØ de mi mismo dictÆmen, mas

ninguno hubo que quisiese entrar en el ajuste de volverse tonto por vivir contento. De aquí saco que si hacemos mucho aprecio de la felicidad, mas aprecio hacemos todavía de la razon. Mas, reflexionÆndolo bien, parece que preferir la razon Æ la felicidad, es garrafal desatino. ¿Pues cómo hemos de explicar esta contradiccion? Lo mismo que todas las demas, y seria el cuento de nunca acabar.

Fin de la historia de un buen Brama.

End of Project Gutenberg's Novelas de Voltaire Tomo Primero, by Voltaire

*** END OF THE PROJECT GUTENBERG EBOOK NOVELAS DE VOLTAIRE TOMO PRIMERO ***

This file should be named 8vnov10.txt or 8vnov10.zip
Corrected EDITIONS of our eBooks get a new NUMBER, 8vnov11.txt
VERSIONS based on separate sources get new LETTER, 8vnov10a.txt

Produced by Juliet Sutherland, Melville L. King
and PG Distributed Proofreaders

Project Gutenberg eBooks are often created from several printed editions, all of which are confirmed as Public Domain in the US unless a copyright notice is included. Thus, we usually do not keep eBooks in compliance with any particular paper edition.

We are now trying to release all our eBooks one year in advance of the official release dates, leaving time for better editing. Please be encouraged to tell us about any error or corrections, even years after the official publication date.

Please note neither this listing nor its contents are final til midnight of the last day of the month of any such announcement. The official release date of all Project Gutenberg eBooks is at Midnight, Central Time, of the last day of the stated month. A preliminary version may often be posted for suggestion, comment and editing by those who wish to do so.

Most people start at our Web sites at:
<http://gutenberg.net> or
<http://promo.net/pg>

These Web sites include award-winning information about Project Gutenberg, including how to donate, how to help produce our new eBooks, and how to subscribe to our email newsletter (free!).

Those of you who want to download any eBook before announcement can get to them as follows, and just download by date. This is also a good way to get them instantly upon announcement, as the

indexes our cataloguers produce obviously take a while after an announcement goes out in the Project Gutenberg Newsletter.

<http://www.ibiblio.org/gutenberg/etext03> or
<ftp://ftp.ibiblio.org/pub/docs/books/gutenberg/etext03>

Or /etext02, 01, 00, 99, 98, 97, 96, 95, 94, 93, 92, 91 or 90

Just search by the first five letters of the filename you want, as it appears in our Newsletters.

Information about Project Gutenberg (one page)

We produce about two million dollars for each hour we work. The time it takes us, a rather conservative estimate, is fifty hours to get any eBook selected, entered, proofread, edited, copyright searched and analyzed, the copyright letters written, etc. Our projected audience is one hundred million readers. If the value per text is nominally estimated at one dollar then we produce \$2 million dollars per hour in 2002 as we release over 100 new text files per month: 1240 more eBooks in 2001 for a total of 4000+ We are already on our way to trying for 2000 more eBooks in 2002 If they reach just 1-2% of the world's population then the total will reach over half a trillion eBooks given away by year's end.

The Goal of Project Gutenberg is to Give Away 1 Trillion eBooks! This is ten thousand titles each to one hundred million readers, which is only about 4% of the present number of computer users.

Here is the briefest record of our progress (* means estimated):

eBooks Year Month

1	1971	July
10	1991	January
100	1994	January
1000	1997	August
1500	1998	October
2000	1999	December
2500	2000	December
3000	2001	November
4000	2001	October/November
6000	2002	December*
9000	2003	November*
10000	2004	January*

The Project Gutenberg Literary Archive Foundation has been created to secure a future for Project Gutenberg into the next millennium.

We need your donations more than ever!

As of February, 2002, contributions are being solicited from people and organizations in: Alabama, Alaska, Arkansas, Connecticut, Delaware, District of Columbia, Florida, Georgia, Hawaii, Illinois, Indiana, Iowa, Kansas, Kentucky, Louisiana, Maine, Massachusetts, Michigan, Mississippi, Missouri, Montana, Nebraska, Nevada, New Hampshire, New Jersey, New Mexico, New York, North Carolina, Ohio, Oklahoma, Oregon, Pennsylvania, Rhode Island, South Carolina, South Dakota, Tennessee, Texas, Utah, Vermont, Virginia, Washington, West Virginia, Wisconsin, and Wyoming.

We have filed in all 50 states now, but these are the only ones that have responded.

As the requirements for other states are met, additions to this list will be made and fund raising will begin in the additional states. Please feel free to ask to check the status of your state.

In answer to various questions we have received on this:

We are constantly working on finishing the paperwork to legally request donations in all 50 states. If your state is not listed and you would like to know if we have added it since the list you have, just ask.

While we cannot solicit donations from people in states where we are not yet registered, we know of no prohibition against accepting donations from donors in these states who approach us with an offer to donate.

International donations are accepted, but we don't know ANYTHING about how to make them tax-deductible, or even if they CAN be made deductible, and don't have the staff to handle it even if there are ways.

Donations by check or money order may be sent to:

Project Gutenberg Literary Archive Foundation
PMB 113
1739 University Ave.
Oxford, MS 38655-4109

Contact us if you want to arrange for a wire transfer or payment method other than by check or money order.

The Project Gutenberg Literary Archive Foundation has been approved by the US Internal Revenue Service as a 501(c)(3) organization with EIN [Employee Identification Number] 64-622154. Donations are tax-deductible to the maximum extent permitted by law. As fund-raising requirements for other states are met, additions to this list will be made and fund-raising will begin in the additional states.

We need your donations more than ever!

You can get up to date donation information online at:

<http://www.gutenberg.net/donation.html>

If you can't reach Project Gutenberg,
you can always email directly to:

Michael S. Hart <hart@pobox.com>

Prof. Hart will answer or forward your message.

We would prefer to send you information by email.

****The Legal Small Print****

(Three Pages)

*****START**THE SMALL PRINT!**FOR PUBLIC DOMAIN EBOOKS**START*****

Why is this "Small Print!" statement here? You know: lawyers.

They tell us you might sue us if there is something wrong with your copy of this eBook, even if you got it for free from someone other than us, and even if what's wrong is not our fault. So, among other things, this "Small Print!" statement disclaims most of our liability to you. It also tells you how you may distribute copies of this eBook if you want to.

***BEFORE!* YOU USE OR READ THIS EBOOK**

By using or reading any part of this PROJECT GUTENBERG-tm eBook, you indicate that you understand, agree to and accept this "Small Print!" statement. If you do not, you can receive a refund of the money (if any) you paid for this eBook by sending a request within 30 days of receiving it to the person you got it from. If you received this eBook on a physical medium (such as a disk), you must return it with your request.

ABOUT PROJECT GUTENBERG-TM EBOOKS

This PROJECT GUTENBERG-tm eBook, like most PROJECT GUTENBERG-tm eBooks, is a "public domain" work distributed by Professor Michael S. Hart through the Project Gutenberg Association (the "Project").

Among other things, this means that no one owns a United States copyright on or for this work, so the Project (and you!) can copy and distribute it in the United States without permission and without paying copyright royalties. Special rules, set forth below, apply if you wish to copy and distribute this eBook under the "PROJECT GUTENBERG" trademark.

Please do not use the "PROJECT GUTENBERG" trademark to market any commercial products without permission.

To create these eBooks, the Project expends considerable efforts to identify, transcribe and proofread public domain works. Despite these efforts, the Project's eBooks and any medium they may be on may contain "Defects". Among other things, Defects may take the form of incomplete, inaccurate or corrupt data, transcription errors, a copyright or other intellectual property infringement, a defective or damaged disk or other eBook medium, a computer virus, or computer codes that damage or cannot be read by your equipment.

LIMITED WARRANTY; DISCLAIMER OF DAMAGES

But for the "Right of Replacement or Refund" described below, [1] Michael Hart and the Foundation (and any other party you may receive this eBook from as a PROJECT GUTENBERG-tm eBook) disclaims all liability to you for damages, costs and expenses, including legal fees, and [2] YOU HAVE NO REMEDIES FOR NEGLIGENCE OR UNDER STRICT LIABILITY, OR FOR BREACH OF WARRANTY OR CONTRACT, INCLUDING BUT NOT LIMITED TO INDIRECT, CONSEQUENTIAL, PUNITIVE OR INCIDENTAL DAMAGES, EVEN IF YOU GIVE NOTICE OF THE POSSIBILITY OF SUCH DAMAGES.

If you discover a Defect in this eBook within 90 days of receiving it, you can receive a refund of the money (if any) you paid for it by sending an explanatory note within that time to the person you received it from. If you received it on a physical medium, you must return it with your note, and such person may choose to alternatively give you a replacement copy. If you received it electronically, such person may choose to alternatively give you a second opportunity to receive it electronically.

THIS EBOOK IS OTHERWISE PROVIDED TO YOU "AS-IS". NO OTHER WARRANTIES OF ANY KIND, EXPRESS OR IMPLIED, ARE MADE TO YOU AS TO THE EBOOK OR ANY MEDIUM IT MAY BE ON, INCLUDING BUT NOT LIMITED TO WARRANTIES OF MERCHANTABILITY OR FITNESS FOR A PARTICULAR PURPOSE.

Some states do not allow disclaimers of implied warranties or the exclusion or limitation of consequential damages, so the above disclaimers and exclusions may not apply to you, and you may have other legal rights.

INDEMNITY

You will indemnify and hold Michael Hart, the Foundation, and its trustees and agents, and any volunteers associated with the production and distribution of Project Gutenberg-tm texts harmless, from all liability, cost and expense, including legal fees, that arise directly or indirectly from any of the following that you do or cause: [1] distribution of this eBook, [2] alteration, modification, or addition to the eBook, or [3] any Defect.

DISTRIBUTION UNDER "PROJECT GUTENBERG-tm"

You may distribute copies of this eBook electronically, or by disk, book or any other medium if you either delete this "Small Print!" and all other references to Project Gutenberg, or:

[1] Only give exact copies of it. Among other things, this requires that you do not remove, alter or modify the eBook or this "small print!" statement. You may however, if you wish, distribute this eBook in machine readable binary, compressed, mark-up, or proprietary form, including any form resulting from conversion by word processing or hypertext software, but only so long as *EITHER*:

[*] The eBook, when displayed, is clearly readable, and does *not* contain characters other than those intended by the author of the work, although tilde (~), asterisk (*) and underline (_) characters may be used to convey punctuation intended by the author, and additional characters may be used to indicate hypertext links; OR

[*] The eBook may be readily converted by the reader at no expense into plain ASCII, EBCDIC or equivalent form by the program that displays the eBook (as is the case, for instance, with most word processors); OR

[*] You provide, or agree to also provide on request at no additional cost, fee or expense, a copy of the eBook in its original plain ASCII form (or in EBCDIC or other equivalent proprietary form).

[2] Honor the eBook refund and replacement provisions of this "Small Print!" statement.

[3] Pay a trademark license fee to the Foundation of 20% of the gross profits you derive calculated using the method you already use to calculate your applicable taxes. If you don't derive profits, no royalty is due. Royalties are payable to "Project Gutenberg Literary Archive Foundation" the 60 days following each date you prepare (or were legally required to prepare) your annual (or equivalent periodic) tax return. Please contact us beforehand to let us know your plans and to work out the details.

WHAT IF YOU *WANT* TO SEND MONEY EVEN IF YOU DON'T HAVE TO?

Project Gutenberg is dedicated to increasing the number of public domain and licensed works that can be freely distributed in machine readable form.

The Project gratefully accepts contributions of money, time,

public domain materials, or royalty free copyright licenses.

Money should be paid to the:

"Project Gutenberg Literary Archive Foundation."

If you are interested in contributing scanning equipment or software or other items, please contact Michael Hart at:

hart@pobox.com

[Portions of this eBook's header and trailer may be reprinted only when distributed free of all fees. Copyright (C) 2001, 2002 by Michael S. Hart. Project Gutenberg is a TradeMark and may not be used in any sales of Project Gutenberg eBooks or other materials be they hardware or software or any other related product without express permission.]

*END THE SMALL PRINT! FOR PUBLIC DOMAIN EBOOKS*Ver.02/11/02*END*

FOR PUBLIC DOMAIN EBOOKS*Ver.02/11/02*END*